

# Portavoz de la Gracia

NÚMERO 49

## UNIÓN CON CRISTO

---

*“De modo que si alguno está en  
Cristo, nueva criatura es”.*

2 Corintios 5:17

### Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia  
de Dios en la salvación y promover santidad  
verdadera en el corazón y la vida”.*

# Portavoz de la Gracia

49

## Unión con Cristo

### Contenido

Carta Pastoral .....	1
Una unión sobrecogedoramente maravillosa .....	3
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
La naturaleza de la unión con Cristo.....	9
<i>John Murray (1898-1975)</i>	
Una eterna unión de amor .....	15
<i>John Gill (1697-1771)</i>	
En Cristo Jesús.....	21
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
La fe nos une a Cristo .....	30
<i>William Cunningham (1805-1861)</i>	
Justificados en Cristo .....	33
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	
Santificados en Cristo .....	37
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
El fundamento de toda felicidad .....	43
<i>Thomas Boston (1676-1732)</i>	
Bautizados en Jesucristo .....	48
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	

Publicado por Chapel Library  
*Enviando por todo el mundo materiales centrados  
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2024 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

**En todo el mundo:** Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY  
2603 West Wright Street  
Pensacola, Florida 32505 USA  
*chapel@mountzion.org • [www.chapellibrary.org](http://www.chapellibrary.org)*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

*[www.chapellibrary.org](http://www.chapellibrary.org)*

# CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

el 15 de agosto de 2024

**E**n su *Institución de la Religión Cristiana*, Juan Calvino escribió: “Mientras Cristo esté separado de nosotros, no tenemos ningún beneficio de Él. Debemos ser injertados en Él como pámpanos en la vid”. En una generación posterior, J. C. Ryle escribió en *Santidad: Su naturaleza, sus obstáculos, dificultades y raíces*: “Por encima de todo, espero que ayuden a poner de manifiesto, la gran verdad de que la unión con Cristo es la raíz de la santidad y que muestren a los jóvenes creyentes el inmenso consuelo que Jesucristo ofrece a todos los que se esfuerzan por ser santos”. Charles Spurgeon predicó fervientemente: “¡La unión con Cristo te hace vivir! Mantén el gozo de esa unión para que puedas apreciarla claramente y disfrutar tu vida”. Y recientemente, el teólogo Robert Reymond declaró en *Una nueva teología sistemática de la fe cristiana*: “La unión con Cristo es la fuente de donde fluye toda bendición espiritual del cristiano —arrepentimiento y fe, perdón, justificación, adopción, santificación, perseverancia y glorificación—. Afirmaciones como éstas abundan en la literatura Cristo-céntrica de todas las épocas y aparecen en algunas de las mejores obras teológicas y prácticas sobre la vida cristiana. ¿Y cuál es su consistente testimonio? La unión con Cristo es una doctrina vital.

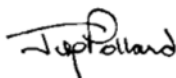
Si éste es el caso, ¿por qué tan pocos cristianos la entienden? Quizá la pregunta más importante sea ésta: Si esta doctrina es tan importante —y creemos que lo es— ¿por qué hay tan pocos pastores que se regocijan en ella y la predicán a los queridos hijos de Dios? Cristo es la fuente de toda bendición, no hay beneficios fuera de Él, inmenso estímulo para la santidad, el gozo de la vida! ¿Cuán importantes son estas cosas para la vida cristiana? ¿Podría ser que muchos cristianos profesantes carezcan de gozo, consuelo y seguridad porque no entienden su unión con Cristo? Cuando el Espíritu de Dios nos ilumina, esta doctrina produce un gozo puro en Cristo, fomenta la dulce comunión con Cristo y llena el corazón creyente de santas convicciones para un santo caminar con Cristo. ¡Qué el Señor nos conceda luz y nos ayude a comprenderlo!

Con estas cosas en mente, les ofrecemos el nuevo número del *Portavoz de la Gracia* —Unión con Cristo—. A. W. Pink introduce esta

profunda doctrina, describiendo la sobrecogedora maravilla de la unidad del creyente con Cristo Jesús. A continuación, John Murray ofrece un útil estudio de la naturaleza espiritual y mística de nuestra unión redentora con Cristo. Nuestra unión con nuestro amado Redentor, explica John Gill, encuentra su origen en el amor eterno que Dios, el Padre, tiene por su pueblo en Cristo. ¿Qué hace la diferencia entre un cristiano y un pecador perdido? David Martyn Lloyd-Jones nos dice que un creyente es *en Cristo Jesús* —vivificado, resucitado y sentado en los lugares celestiales juntamente con Él—. Si el Espíritu Santo nos regenera y nos une a Cristo, ¿qué papel desempeña la fe en la redención? William Cunningham explica el papel de la fe en la unión con nuestro Señor resucitado. Retomando un tema similar, pero enfocándose en la fe y la justificación en su relación con la unión, Jonathan Edwards sondea las profundidades de este importante tema. En un segundo artículo, A. W. Pink nos muestra el vínculo entre la santificación y la unión del creyente con el Señor Jesús. A continuación, Thomas Boston expone las implicaciones de nuestra unión con Cristo para ayudarnos a comprender que esta doctrina es el fundamento de nuestra felicidad temporal y eterna. Por último, Charles Spurgeon nos da una idea de nuestra muerte, sepultura y resurrección con Cristo en la ordenanza del bautismo.

Con la gloria de Cristo y el bien del pueblo de Dios en mente, entregamos de parte de nuestro Señor, este regalo de amor para ustedes: Sermones y artículos sobre un tema descuidado, pero un tema que llena el alma del pueblo de Dios con gozo indecible. Pastores, padres, hijos —por favor, lean, mediten y oren sobre las verdades que exponen estos fieles predicadores y maestros—. Les hará bien: como dijo Spurgeon: “Mantengan el gozo de esa unión para que puedan apreciarla claramente y disfrutar de su vida”.

Jeff Pollard



# UNA UNIÓN SOBRECOGEDORAMENTE MARAVILLOSA

Arthur W. Pink (1886-1952)

**Q**uien esto escribe, no tiene la menor duda en su mente de que el tema de la unión espiritual es el más importante, el más profundo y... el más bendito de todos los que se exponen en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, es triste decirlo, pero casi ningún otro tema es ahora, tan generalmente descuidado. La misma expresión, “unión espiritual”, es desconocida en la mayoría de los círculos cristianos profesantes e, incluso, donde se emplea, se le da un significado tan ambiguo que sólo abarca un fragmento de esta preciosa verdad. Probablemente, su misma profundidad<sup>1</sup> es la razón por la que es tan ignorada en esta época superficial. Sin embargo, todavía quedan unos pocos que están ansiosos por entrar en lo mejor de Dios y anhelan una comprensión más plena de las profundas cosas del Espíritu. Teniendo principalmente esto en mente, abordamos este tema.

**Hay tres uniones principales reveladas en las Escrituras que son los misterios principales y forman el fundamento de nuestra santísima fe.** Primero, la unión de tres personas divinas en una sola Divinidad: Con distintas personalidades, siendo co-eternas y co-gloriosas, pero constituyendo un solo Jehová. Segundo, la unión de las naturalezas divina y humana en una sola persona, Jesucristo, Emanuel, siendo Dios y hombre. Tercero, la unión de la Iglesia a Cristo, siendo Él la Cabeza y ellos los miembros, constituyendo un solo cuerpo místico. Aunque no podemos formarnos una idea exacta de ninguna de estas uniones en nuestra imaginación porque la profundidad de tales misterios está más allá de nuestra comprensión, sin embargo, es nuestro deber ineludible creerlos todos porque están claramente revelados en la Escritura y son el fundamento necesario para otros puntos de la doctrina cristiana. Por lo tanto, es nuestro santo privilegio, estudiarlos en oración plena y también, esperando que el Espíritu Santo nos ilumine con su gracia al respecto.

Lo más maravilloso de todo y, sin embargo, el mayor misterio del mundo natural, es una unión, es decir, esa conjunción que Dios ha

---

<sup>1</sup> **Profundidad** – Una gran hondura de pensamiento.

hecho entre la mente y la materia —el alma y el cuerpo—. ¿Qué inteligencia finita hubiera o podría haber concebido la unión de un espíritu inmaterial y un terrón de barro? ¡Qué poco se parecen el alma y un pedazo de tierra amasada! ¿Quién hubiera imaginado jamás algo así como polvo animado y pensante? ¿O que un espíritu estuviera tan ligado y atado a un cuerpo carnal que, mientras éste se conserve sano, no pueda liberarse? Sin embargo, hay una unión, una unión real, una unión personal, entre el alma y el cuerpo. Pero eso es sólo un misterio *natural* y queda inmensamente por debajo del misterio *sagrado* de la unión entre los seres humanos y el Señor de la gloria.

**Las Escrituras tienen mucho que decir sobre la unión que existe entre Cristo y su pueblo.** “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Jn. 14:20). “Pero el que se une al Señor, un espíritu es con él” (1 Co. 6:17). “Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos... Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Ef. 5:30, 32). ¡Qué asombroso es que haya una unión entre el Hijo de Dios y los gusanos de la tierra! —infinitamente más que si el rey de Gran Bretaña se hubiera casado con la mujer más pobre y fea de todo su reino. ¡Cuán inconmensurable es la distancia entre el Creador y la criatura, entre la Deidad y el hombre mortal! ¡Cuán maravilloso es, más allá de toda palabra, que los miserables pecadores sean hechos uno con Aquel ante Quien los serafines se cubren sus rostros con un velo y claman: “¡Santo, santo, santo!”.

“La unión de Cristo con su pueblo es un tema asombroso. Es una unión eterna; es una unión que se da a conocer y se disfruta en el tiempo; es una unión que será abierta y manifiestamente declarada en toda su gloria y perfección en el último día; es una unión de gracia; es también una unión de gloria. Así como es el fundamento de todos los actos de gracia de Cristo hacia su Iglesia en un tiempo determinado, también lo es de toda la gloria que pondrá sobre su Iglesia y comunicará a su pueblo en el último día. No puedo sino lamentar [que] la mayoría de nosotros seamos tan sumamente extraños a estas importantes y celestiales verdades. Créanlo: Somos grandes perdedores en esto. El pueblo de Dios pierde mucho porque descuida verdades de la mayor importancia. En la actualidad, también descuida demasiado las verdades importantes. Las ignoran voluntariamente.

En la actualidad, tratamos las Escrituras como si cuanto menos conociéramos de las cosas profundas de Dios, mucho mejor. ¡Ay! ¡Ay! Esto, pensemos como pensemos, es despreciar a Dios mismo. Tampoco servirá decir: “¡No es nuestra voluntad ni nuestra intención!”. Es

un hecho [que] descuidamos demasiado aquellas verdades y doctrinas divinas que conciernen a la gloria de Cristo. Los antiguos y gloriosos fundamentos de la gracia son muy escasos en nuestros pensamientos. Se siente claramente, y algunos lo confiesan y reconocen muy expresivamente, que las influencias del Espíritu Santo están bastante suspendidas. Sin embargo, se pasa por alto la causa. Con toda seguridad, una gran razón por la que tenemos tan poco de su sagrada presencia con nosotros y de su poder e influencia manifestados entre nosotros, puede atribuirse a la negligencia en predicar la verdad sobrenatural y espiritual, y los misterios del Evangelio eterno”<sup>2</sup>.

**La importancia vital de este tema de la unión de la Iglesia con Cristo puede verse, claramente, por el lugar que ocupa en la oración Sumo Sacerdotal de Cristo.** “Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste” (Jn. 17:20-21). Nuestro Señor comenzó aquí, su oración por todo el cuerpo de su pueblo hablando de la unión que tenían con Él y con su Padre en Él, y dedica los versículos siguientes a expresar las bendiciones que siguen como frutos de la misma. No debemos concebir que Cristo oró aquí para que se produjera u obtuviera una unión —no, pues estaba establecida desde toda la eternidad—. Más bien, oraba para que sus amados fueran bendecidos con el claro conocimiento de ella para que pudieran disfrutar de todos los beneficios de la misma en sus propias almas.

“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (Jn. 17:22). Este tema de la unión entre Él mismo y los elegidos, fue verdaderamente dulce y bendito para el corazón de Cristo. Él sabía que su conocimiento y uso es de gran valor y utilidad para su pueblo. Por eso, habló de ello una y otra vez, para que sus santos de todas las épocas pudieran recibir este conocimiento en sus mentes y disfrutaran en sus corazones de las bendiciones que contiene. Lectores míos, si Cristo mismo estimó esta verdad de la unión consigo mismo como una verdad fundamental, nosotros debemos aprender a pensar así también. Deberíamos dedicarnos a estudiarla más detenidamente y con más oración porque, por medio de ella, nuestra fe y esperanza son sostenidas y mantenidas en ejercicio en Dios nuestro Salvador.

---

<sup>2</sup> **Samuel Eyles Pierce** (1746-1829) – Disidente de Honiton en Devon, Inglaterra. Fue un ministro de la iglesia evangélica alineado con la teología bautista calvinista.



“La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno”. Esta petición es el centro mismo de la oración de Cristo y expresa el supremo deseo de la mente del Salvador hacia sus redimidos: resume el más profundo anhelo de su corazón hacia ellos. La unión por la que oró es tal que así, el Padre y el Hijo moran en nosotros y nosotros en ellos. Es tal que los elegidos están tan unidos a Dios y a su Cristo que es la unión más elevada de la que los elegidos son capaces. Es la mayor y más grande de todas las bendiciones, siendo el fundamento del cual proceden todas las demás.

“Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn. 17:23). Una gran variedad de bendiciones es presentada ante nosotros en el Evangelio. La salvación es indescriptible, pero no tan grande como nuestra unión con la persona de Cristo. Si no hubiésemos estado unidos a Cristo, Él no habría sido nuestro Salvador. Fue porque estábamos eternamente relacionados con Él que Él se complació, tan lleno de gracia, en comprometerse por nosotros. La gracia de la justificación<sup>3</sup> es una bendición indescriptible, pero no tan grande como la de la unión porque el efecto nunca puede ser igual a la causa que lo produce. Estar en Cristo debe exceder todas las bendiciones que fluyen de Él, de las que hemos participado o participaremos, ya sea en la tierra o en el cielo. La comunión con Cristo es indescriptiblemente bendita, pero no tan grande como la unión, pues nuestra unión es el fundamento de toda comunión. Es la mayor de todas aquellas “bendiciones espirituales” (Ef. 1:3) decretadas antes de la creación que el Padre concedió a la Iglesia antes de que el pecado entrara en el universo. Éste es el fruto del amor eterno de Dios a su pueblo.

**La unión con Cristo es el fundamento de todas las bendiciones espirituales, de modo que si no hubiera habido conexión con Él, no podría haber regeneración<sup>4</sup>, ni justificación, ni santificación<sup>5</sup> ni glorificación<sup>6</sup>...** Como es por amor a Cristo que Dios derrama sobre su pue-

---

<sup>3</sup> **Justificación** – La justificación es un acto de la gracia de Dios, en el cual, Él perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de Él, sólo por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida sólo por fe (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 32, disponible en CHAPEL LIBRARY).

<sup>4</sup> **Regeneración** – El acto del Espíritu Santo de crear vida espiritual en un pecador.

<sup>5</sup> **Santificación** – Es la obra del Espíritu de Dios, por la cual, somos renovados en todo a imagen de Dios, y nos vamos capacitando más y más para morir al pecado y vivir para Dios (*Catecismo de Spurgeon*, Pregunta 34).

<sup>6</sup> **Glorificación** – Es el aspecto final de la salvación que incluye la resurrección del cuerpo del creyente en la Segunda Venida de Cristo, con la perfecta conformidad del creyente a la imagen de Cristo, la liberación de defectos físicos y espirituales, y la entrada en el reino eterno de Dios.

blo todas las bendiciones de la salvación, de acuerdo con su constitución eterna, esas bendiciones sólo podrían disfrutarse en un estado de comunión con Él... Pero el fundamento de esa unión vital, espiritual y experiencial que los santos tienen con su Amado en un momento del tiempo y que disfrutarán para siempre en el cielo, fue puesto por Dios en esa unión mística que Él estableció entre el Mediador y sus elegidos antes de la fundación del mundo, cuando lo designó a Él como Cabeza y a ellos como miembros de su cuerpo —cuando Dios les dio a Cristo y los dio a ellos a Cristo en matrimonio eterno—.

Como consecuencia de Dios haber dado la Iglesia a Cristo en matrimonio antes de la fundación del mundo, dice a su pueblo: “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia” (Os. 2:19)... “Considera la cercanía e intimidad de la unión entre Él y ellos, y deja que esto te anime a apoyarte y vivir en Él por fe. Es mucho más íntima y querida que la unión entre marido y mujer entre los hombres, pues ellos son, en verdad, ‘una sola carne’, pero Él es ‘un solo cuerpo’ y ‘un solo espíritu’ (1 Co. 6:19) con su esposa. Él está en ellos y ellos están en Él. Y en virtud de esta íntima unión, tienes derecho a Él y a todo lo que compró”<sup>7</sup> ...

**La unión entre Cristo y su Iglesia es tan real, tan vital, tan íntima, que Dios nunca ha visto a uno separado del otro.** Hay una unidad tan indisoluble<sup>8</sup> entre el Redentor y los redimidos, una tan absoluta identificación de intereses entre ellos, que el Padre de las misericordias nunca los vio separados. Él nunca vio a Cristo como “Cristo” sin ver su Cuerpo místico; nunca vio a la Iglesia separada de su Cabeza. Por lo tanto, el Espíritu Santo se ha deleitado en enfatizar este hecho maravilloso y glorioso en muchas Escrituras. En relación con el nacimiento de Cristo, leemos: “Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo” (He. 2:14)... Se nos dice que cuando el Salvador fue clavado en el madero, “nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él” (Ro. 6:6). Se nos dice que cuando Él expiró en el Calvario, “si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co. 5:14). Se nos dice que cuando Él resucitó, a nosotros se “nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef. 2:5). Él no resucitó como una persona individual y privada, sino como Cabeza de su Iglesia: “Sí, pues, habéis resucitado con Cristo” (Col. 3:1). Y esto

---

<sup>7</sup> **Ebenezer Erskine** (1680-1754) – Disidente escocés; fundador de la Iglesia de la Secesión.

<sup>8</sup> **Indisoluble** – Que no puede romperse; perpetuamente vinculante.

no es todo: En Efesios 2:6, se nos dice: “Y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”. ¡Oh cuán conmovedoramente maravillosa es la unidad del cristiano con Cristo!

Tomado de Unión y comunión espiritual (*Espiritual Union and Communion*), edición inglesa disponible en CHAPEL LIBRARY.

---

**A. W. Pink (1886-1952):** Pastor, profesor itinerante de Biblia, autor de *Estudios en las Escrituras* y numerosos libros; nacido en Nottingham, Inglaterra.



Cada uno de nosotros, por separado, está en unión con Cristo. Esto necesita ser enfatizado porque hay una enseñanza que es muy popular, especialmente entre los católicos romanos y los anglo-católicos. Y, de hecho, noto que se está insinuando en aquellos que gustan llamarse a sí mismos, “evangélicos liberales”. [Esta] enseñanza sostiene que no tenemos una unión directa con nuestro Señor como individuos, sino que sólo estamos conectados a Él a través de la Iglesia. Esta enseñanza elimina el aspecto individual y enfatiza el aspecto corporativo... llega a decir que, en cierto sentido, no podemos nacer de nuevo, excepto en y a través de la Iglesia, lo cual es una negación completa, no sólo de la enseñanza escritural, sino, particularmente, del énfasis evangélico... Todos tenemos una relación personal con nuestro Señor y, sólo por eso, somos miembros del Cuerpo... No se puede ser cristiano sin ser miembro del Cuerpo místico de Cristo. Pero el orden correcto es poner, en primer lugar, a la persona y al individuo, y en segundo lugar, lo corporativo. De modo que no soy nacido de la Iglesia —*la Iglesia no es mi madre espiritual*— soy nacido del Espíritu. —*David Martyn Lloyd-Jones*

# LA NATURALEZA DE LA UNIÓN CON CRISTO

John Murray (1898-1975)

**L**a unión con Cristo es una parte importante de la aplicación de la redención. No llegamos a ser partícipes reales de Cristo hasta que la redención es aplicada eficazmente. Pablo, al escribir a los creyentes de Éfeso, les recordó que habían sido escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, pero también les recordó que hubo un tiempo en que estuvieron “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12) y que eran “por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2:3). Aunque habían sido escogidos en Cristo antes de los tiempos eternos, sin embargo, estaban sin Cristo hasta que fueron llamados, eficazmente, a la comunión con el Hijo de Dios (1 Co 1:9)... Sólo entonces, conocen la comunión con Cristo. ¿Cuál es la naturaleza de esta unión con Cristo que es efectuada por el llamamiento de Dios? Hay varias cosas que decir en respuesta a esta pregunta.

**1. Es espiritual.** Pocas palabras en el Nuevo Testamento han sido objeto de tan gran distorsión como la palabra *espiritual*. Con frecuencia, es usada para denotar lo que es poco más que un vago sentimentalismo<sup>1</sup>. *Espiritual* en el Nuevo Testamento se refiere a aquello que es del Espíritu Santo. El hombre *espiritual* es la persona que es habitada y controlada por el Espíritu Santo, y un estado mental espiritual es un estado mental que es producido y mantenido por el Espíritu Santo. Por lo tanto, cuando decimos que la unión con Cristo es espiritual, queremos significar, primero que todo, que el vínculo de esta unión es el Espíritu Santo mismo. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Co. 12:13; cf. 1 Co. 6:17, 19; Ro. 8:9-11; 1 Jn. 3:24; 4:13). Necesitamos apreciar, mucho más de lo que estamos acostumbrados, la estrecha interdependencia de Cristo y el Espíritu Santo en las operaciones de la gracia salvadora. El Espíritu Santo es el Espíritu de Cristo; el Espíritu es el Espíritu del Señor y Cristo es el Señor del Espíritu (cf. Ro. 8:9; 2 Co. 3:18; 1 P. 1:11). Cristo habita en nosotros, si su Espíritu habita en nosotros, y Él habita

---

<sup>1</sup> **Sentimentalismo** – Emociones llevadas al extremo del exceso.

en nosotros por el Espíritu. La unión con Cristo es un gran misterio. Que el Espíritu Santo sea el vínculo de esta unión, no disminuye el misterio, pero esta verdad arroja un torrente de luz sobre el misterio...

*Esto nos lleva a observar, en segundo lugar, que la unión con Cristo es espiritual porque es una relación espiritual la que está a la vista.* No es el tipo de unión que tenemos en la Trinidad —tres Personas en un solo Dios—. No es el tipo de unión que tenemos en la Persona de Cristo —dos naturalezas en una Persona—. No es el tipo de unión que tenemos en el hombre —cuerpo y alma constituyendo un ser humano—. No es, simplemente, la unión de sentimiento, afecto, entendimiento, mente, corazón, voluntad y propósito. Aquí tenemos una unión que no podemos definir específicamente. Sino que es una unión de carácter intensamente espiritual, en consonancia con la naturaleza y la obra del Espíritu Santo para que, de una manera real, superando nuestro poder de análisis, Cristo habite en su pueblo y su pueblo habite en Él.

**2. Es mística.** Cuando usamos la palabra *mística* a este respecto, es bueno tener en cuenta nuestro punto de partida en la palabra *misterio*, tal como se usa en la Escritura. Se corre el riesgo de utilizar la palabra para designar algo que es completamente incomprensible y del cual no podemos tener ningún entendimiento. Éste no es el sentido que se le da en la Escritura. El Apóstol, en Romanos 16:25-26, establece los puntos para la comprensión de este término. Allí, Pablo habla de “la revelación del misterio que se ha mantenido oculto desde tiempos eternos, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe”.

Hay cuatro cosas que deben observarse acerca de este misterio: (1) Se mantuvo en secreto desde tiempos eternos —era algo oculto en la mente y el consejo de Dios—. (2) No permaneció oculto —sino que fue manifestado y dado a conocer, de acuerdo con la voluntad y el mandamiento de Dios—. (3) Esta revelación de parte de Dios fue mediada<sup>2</sup> a través de y depositada en la Escritura —fue revelada a todas las naciones y ya no es un secreto—. (4) Esta revelación está dirigida al fin de que todas las naciones lleguen a la obediencia de la fe. Un misterio es, por tanto, cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre (1 Co. 2:9), pero que Dios nos ha revelado por su Espíritu y que, por revelación y fe, llega a ser conocido y asimilado por los hombres.

---

<sup>2</sup> **Mediada... Escritura** – La Biblia fue el medio a través del cual vino la revelación.

Que la unión con Cristo es un misterio es evidente. Al hablar de la unión con Cristo y después de compararla con la unión que existe entre el hombre y su esposa, Pablo dice: “Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia” (Ef. 5:32). De nuevo, Pablo habla de “las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” y lo describe como “el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos” (Col. 1:26-27). La unión con Cristo es mística porque es un misterio. El hecho de que sea un misterio subraya su precioso valor y la intimidad de la relación que implica.

**La amplia gama de semejanzas usada en la Escritura para ilustrar la unión con Cristo, es muy llamativa.** En el nivel más elevado del ser, es comparada con la unión que existe entre las Personas de la Trinidad en la Divinidad. Esto es *asombroso*, pero es así (Jn. 14:23; 17:21-23). En el nivel más bajo, es comparada con la relación que existe entre las piedras de un edificio y la piedra angular (Ef. 2:19-22; 1 P. 2:4-5). Entre estos dos extremos, hay una variedad de semejanzas extraídas de distintos niveles del ser y sus relaciones. Es comparada con la unión que existió entre Adán y toda la posteridad (Ro. 5:12-19; 1 Co. 15:19-49). Es comparada con la unión que existe entre el hombre y su esposa (Ef. 5:22-33; *cf.* Jn. 3:29). Es comparada con la unión que existe entre la cabeza y los demás miembros del cuerpo humano (Ef. 4:15-16). Es comparada con la relación de la vid con los pámpanos (Jn. 15:1-8). Así pues, tenemos una analogía extraída de los diversos estratos del ser, ascendiendo desde el reino inanimado hasta la vida misma de las Personas de la Divinidad.

Esto debería enseñarnos un gran principio. Es obvio que no debemos reducir la naturaleza y el modo de unión con Cristo a la medida del tipo de unión que existe entre la piedra angular y las demás piedras del edificio, ni a la medida del tipo de unión que existe entre la vid y los pámpanos, ni a la de la cabeza y los demás miembros del cuerpo, ni siquiera a la de marido y mujer. El modo, la naturaleza y el tipo de unión difieren en los distintos casos. Hay *similitud*, pero no *identidad*. Pero así como no podemos reducir la unión entre Cristo y su pueblo al nivel de la unión que existe en estos otros estratos del ser, tampoco debemos elevarla al nivel de la unión que existe dentro de la Divinidad. Similitud aquí tampoco significa identidad. La unión con Cristo no significa que seamos incorporados a la vida de la Divinidad. Esa es una de las distorsiones a las que se ha sometido esta gran verdad. Pero el proceso de pensamiento por el cual tal punto de vista ha sido adoptado, descuida uno de los principios más sencillos que siempre deben guiar

nuestro pensamiento, a saber, que *analogía no significa identidad*. Cuando hacemos una comparación, no hacemos una ecuación. De todos los tipos de unión o unidad que existen para las criaturas, la unión de los creyentes con Cristo es la más elevada. El mayor misterio del ser es el misterio de la Trinidad —tres Personas en un solo Dios—. El gran misterio de la piedad es el misterio de la encarnación, que el Hijo de Dios se hizo hombre y se manifestó en la carne (1 Ti. 3:16). Pero el mayor misterio acerca de las relaciones entre las criaturas es *la unión del pueblo de Dios con Cristo*. Y su misterio es atestiguado, nada más que con esto: Es comparado con la unión que existe entre el Padre y el Hijo en la unidad de la Divinidad.

Ha sido costumbre, utilizar la palabra *mística* para expresar el misticismo que entra en el ejercicio de la fe. Es necesario que reconozcamos que hay un misticismo inteligente en la vida de fe. Los creyentes son llamados al compañerismo con Cristo y compañerismo significa comunión. La vida de fe es una vida de unión y comunión viva con el Redentor exaltado y siempre presente. La fe se dirige, no sólo a un Redentor, Quien ha venido y cumplido de una vez por todas, una obra de redención. Se dirige a Él, no sólo como Aquel que murió, sino como Aquel que resucitó y que vive para siempre como nuestro gran Sumo Sacerdote y Abogado. Y debido a que la fe se dirige a Él como Salvador y Señor viviente, el compañerismo alcanza el cenit<sup>3</sup> de su ejercicio. No hay comunión entre los hombres que sea comparable al compañerismo con Cristo —Él está en comunión con su pueblo y su pueblo está en comunión con Él en un consciente amor recíproco<sup>4</sup>—. “A quien amáis sin haberle visto”, escribió el apóstol Pedro, “en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso” (1 P. 1:8).

La vida de fe es la vida de amor y la vida de amor es vida de compañerismo, de comunión mística con Aquel que siempre vive para interceder por su pueblo y que puede compadecerse de nuestras debilidades (He. 4:15). Es compañerismo con Aquel que tiene una reserva inagotable de simpatía con las tentaciones, aflicciones y debilidades de su pueblo porque fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado (He. 4:15)...

**La unión con Cristo es la verdad central de toda la doctrina de la salvación.** Todo aquello a lo que el pueblo de Dios ha sido predestinado en la elección eterna de Dios, todo lo que les ha sido asegurado y procurado en el cumplimiento de la redención, una vez por todas, todo

---

<sup>3</sup> **Cenit** – Momento culminante, punto más alto.

<sup>4</sup> **Recíproco** – Que da y recibe.

aquello de lo que llegan a ser reales partícipes en la aplicación de la redención y todo lo que por la gracia de Dios llegarán a ser en el estado de bienaventuranza consumada, está comprendido en el ámbito de la unión y comunión con Cristo... Es significativo que la elección en Cristo antes de la fundación del mundo es *la elección para la adopción de hijos*. Cuando Pablo dice que el Padre escogió a un pueblo en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuera santo, añade también que, *en amor*, lo predestinó a la adopción por medio de Jesucristo (Ef. 1:4-5). Aparentemente, la elección para santidad es paralela a la predestinación para adopción —estas son dos maneras de expresar la misma gran verdad—. Nos revelan las diferentes facetas que pertenecen a la elección del Padre. De ahí que la unión con Cristo y la adopción sean aspectos complementarios de esta gracia asombrosa. La unión con Cristo alcanza su cenit en la adopción y la adopción tiene su órbita en la unión con Cristo. El pueblo de Dios es “heredero de Dios y coheredero con Cristo” (Ro. 8:17). Todas las cosas son vuestras, ya sea la vida o la muerte, o las cosas presentes o las venideras, todas son vuestras porque son de Cristo y Cristo es de Dios (1 Co. 3:22-23). Están unidos a Aquel en Quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento, y están completos en Aquel que es la cabeza de todo principado y potestad (Col. 2:3, 10).

Es de la inmensurable plenitud de gracia y verdad, de sabiduría y poder, de bondad y amor, de justicia y fidelidad que reside en Él, de donde el pueblo de Dios saca para todas sus necesidades en esta vida y para la esperanza de la vida venidera. No hay pues, verdad más adecuada para impartir confianza y fortaleza, consuelo y gozo en el Señor que ésta de la unión con Cristo. También promueve la santificación, no sólo porque toda la gracia santificadora se deriva de Cristo como el Redentor crucificado y exaltado, sino también porque el reconocimiento del compañerismo con Cristo y del alto privilegio que conlleva, incita a la gratitud, la obediencia y la devoción. Unión significa también comunión y la comunión constriñe a un humilde, reverente y amoroso caminar con Aquel que murió y resucitó para poder ser nuestro Señor. “Pero el que guarda su palabra, en este verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:5-6). “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn. 15:4).

**Hay otra fase del tema de la unión con Cristo que no debe omitirse.** Si se pasara por alto, habría un grave defecto en nuestra comprensión y



apreciación de las implicaciones de esta unión. Se trata de las implicaciones que surgen de las relaciones de Cristo con las otras Personas de la Trinidad y de nuestras relaciones con las otras Personas de la Trinidad a causa de nuestra unión con Cristo. Jesús mismo dijo: “Yo y el Padre somos uno” (Jn. 10:30). Debemos esperar, por tanto, que la unión con Cristo nos lleve a una relación similar con el Padre. Esto es, exactamente, lo que nuestro Señor mismo nos dice: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Jn. 14:23). El pensamiento es sobrecogedor, pero es inconfundible: ¡El Padre, así como Cristo, viene y hace su morada con el creyente!

Tal vez sea aún más llamativa, otra palabra de Jesús: “Mas no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (Jn. 17:20-23). Y no sólo es el Padre Quien está unido a los creyentes y mora en ellos; Jesús nos habla también de la morada del Espíritu Santo: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Jn. 14:16-17). Es la unión, por lo tanto, con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo, lo que la unión con Cristo arrastra consigo... Los creyentes entran en el lugar santísimo de la comunión con el Dios trino y lo hacen porque han sido resucitados juntos y sentados juntos en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Ef. 2:6). Su vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3:3). Se acercan con plena seguridad de fe, con sus corazones purificados de una mala conciencia y sus cuerpos lavados con agua pura porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios (He. 9:24).

Tomado de Redención: Cumplida y aplicada (*Redemption: Accomplished and Applied*), publicado por William B. Eerdmans Publishing Company, [www.eerdmans.com](http://www.eerdmans.com). Usada con permiso.

---

**John Murray (1898-1975):** Teólogo reformado; autor de numerosos libros y artículos teológicos; nacido en Badbea, condado de Sutherland, Escocia.



# UNA ETERNA UNIÓN DE AMOR

John Gill (1697-1771)

**C**omenzaré con la unión de los elegidos de Dios en Cristo. No trataré aquí, ningún acto de unión temporal, [tal como] nuestra naturaleza con el Hijo de Dios por su encarnación, cuando se convirtió en nuestro hermano —nuestro pariente cercano, carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso— y Él y nosotros fuimos uno, es decir, de una naturaleza (He. 2:11, 14, 16). Tampoco [trataré] de la unión vital de nuestras personas con Él en la regeneración, cuando somos vivificados por el poder y la gracia de Dios, Cristo es formado en nuestros corazones y llegamos a ser nuevas criaturas en Él, y somos pámpanos vivos y fructíferos en Él, la Vid viviente. Éste es nuestro ser *expuesto* en Cristo como consecuencia de un ser *secreto* en Él desde siempre por la gracia electiva (*Ver* Ro. 16:7; 2 Co. 5:17; 12:2). Tampoco de la unión más expuesta y manifiesta de los santos con Dios en el futuro, quienes estando una vez en Cristo, se encuentran siempre en Él, mueren en unión con Él, resucitan de entre los muertos en virtud de esa unión y luego, en alma y cuerpo, serán uno en Dios —Padre, Hijo y Espíritu—. [Serán uno en Dios], como el Padre es en el Hijo y el Hijo es en el Padre, cuya unión mutua es modelo y ejemplo de la de ellos. Cristo ora por la manifestación abierta de [esto] (Jn. 17:21, 23).

**Sino que consideraré la unión de los elegidos a Dios, tal como es en su origen y como un eterno acto inmanente<sup>1</sup> en Dios.** [Este acto] no es otra cosa que la expresión de su corazón en amor hacia ellos y así, unirlos a Sí mismo. [Este] amor —como lo es desde siempre (Jer. 31:3; Jn. 17:23-24)— es de naturaleza cimentadora y unificadora. De hecho, [es] el vínculo de unión entre Dios y su pueblo escogido, o aquello por lo cual Él los ha llevado a una unión cercana con Él mismo. El amor es el vínculo de unión entre los hombres, de amistad de unos con otros. Fue esto lo que entretejió el alma de Jonatán al alma de David, de modo que lo amó como a su propia alma. Es el vínculo de la unión de los santos entre sí; sus corazones están entretejidos por el amor. De ahí que la caridad o el amor, se llame el vínculo de la perfección o el vínculo perfecto que los une y los mantiene unidos (Col. 2:7; 3:14). Fue el amor lo que cimentó tan estrechamente, los corazones de los primeros cristianos entre sí, hasta el punto que la multitud de ellos era de un solo

---

<sup>1</sup> **Acto inmanente** – Un acto mental, es decir, realizado, enteramente, dentro de la mente.

corazón y una sola alma (Hch. 4:32). Y ahora, el amor debe operar infinitamente más fuerte en el corazón de Dios, atrayendo y uniendo a Sí mismo los objetos del mismo, dándoles tal cercanía y unión a Él que no puede disolverse. ¡Nada puede separarnos del amor de Dios! Ni la caída de los elegidos de Dios en Adán, ni sus pecados y transgresiones reales en un estado de no regeneración, ni sus rebeliones y recaídas después de la conversión (Ro. 8:38-39; Ef. 2:3-4; Os. 14:4). Este vínculo de unión no puede ser disuelto por el poder conjunto de hombres y demonios. En virtud de esto, el pueblo de Dios se convierte en una parte de Él, una parte cercana, querida y tierna, como la niña de sus ojos. [Ellos] tienen un lugar en su corazón, están esculpidos en las palmas de sus manos y siempre están en sus pensamientos. Los deseos y afectos de su alma están *siempre* dirigidos hacia ellos y Él siempre está ideando y formando planes para su bienestar. ¡Cuán grande es su bondad que ha guardado y obrado para ellos! (Zac. 2:8; Sal. 139:17; Cnt. 7:10; Is. 49:16; Sal. 31:19).

El amor de Cristo hacia los elegidos es tan antiguo como el amor de su Padre hacia Él y hacia ellos, y que, al parecer, era un amor de complacencia<sup>2</sup> y deleite. Antes de que el mundo existiera, sus delicias estaban con los hijos de los hombres (Jn. 15:9; Pr. 8:30-31) y esto es de la misma naturaleza cimentadora y unificadora que la de su Padre. Esto hace que Él se mantenga más unido a su pueblo que un hermano y nada puede separarlo de su amor hacia ellos más que del amor del Padre. Habiendo amado a los suyos, Él los ama hasta el fin. Este vínculo de unión permanece firme y seguro, y le da la cercanía a Él que la Iglesia deseaba: “Ponme como un sello sobre tu corazón, como una marca sobre tu brazo” (Cnt. 8:6. *Ver* Pr. 18:24; Ro. 8:35). Lo mismo puede decirse del amor del Espíritu porque éste es el amor eterno de Dios — Padre, Hijo y Espíritu— el vínculo de unión de los elegidos de Dios con los tres sagrados. Los tres han amado a los elegidos con amor eterno y, de este modo, los han unido, firme y eternamente, a Sí mismos. Por eso, a causa del amor que el Espíritu les tiene y de la unión con ellos, con el tiempo, Él llega a ser Espíritu de vida y de gracia en ellos (Ro. 15:30). Ahora, de esta unión de amor hay varias ramas, de las cuales hay tantas ilustraciones y confirmaciones de ella y todas en la eternidad, como...

**1. Una elección-unión en Cristo:** Esto fluye del amor de Dios —la elección presupone el amor (*Ver* 2 Ts. 2:13)—. Se dice de personas concretas que han sido *escogidas en Cristo* como Rufo (Ro. 16:13). El Apóstol

<sup>2</sup> **Complacencia** – Satisfacción; el estado de estar complacido o agradado con alguien.

dice de sí mismo y de otros que Dios los había *escogido* en Cristo y eso, antes de la fundación del mundo (Ef. 1:4). La elección da una existencia en Cristo —una especie de subsistencia<sup>3</sup> en Él— si bien no una existencia *real*, al menos una existencia *representativa*, incluso una tal que sea capaz de recibir concesiones de gracia en Cristo y de ser bendecido con todas las bendiciones espirituales en Él antes de la fundación del mundo (2 Ti. 1:9; Ef. 1:3-4). Cómo pueden decir que tienen una existencia en Cristo y, sin embargo, no tienen unión con Él, no puedo concebirlo.

Además, en la elección, hay una relación cercana [que] comienza entre Cristo y los elegidos. Él les es dado para ser Cabeza de ellos y ellos le son dados como miembros de Él. Como tales, son escogidos juntos: Él primero en el orden de la naturaleza como la Cabeza y, luego, ellos como miembros de Él. Nada es más común entre los teólogos sanos que expresarse de esta manera cuando hablan de la elección de Cristo y de su pueblo en Él. “Particularmente”, dice el dr. Goodwin<sup>4</sup>, “como en el vientre, la cabeza y los miembros no son concebidos separados, sino juntos, como teniendo relación el uno con el otro; así fuimos nosotros y Cristo (como formando un cuerpo místico para Dios) formados juntos en el eterno vientre de la elección”. En el mismo lugar, dice: “Jesucristo fue la Cabeza de la elección y de los elegidos de Dios; y así, en el orden de la naturaleza, elegido primero, aunque en el orden del tiempo fuimos elegidos juntos. En el vientre de la elección Él, la Cabeza, salió primero, y luego nosotros, los miembros”. Ahora, ¿qué relación puede considerarse más cercana o más expresiva de una estrecha unión que ésta de la cabeza y los miembros? Cristo es la Cabeza escogida de la Iglesia [y] la Iglesia el Cuerpo escogido de Cristo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef. 1:22-23). De ahí, la seguridad y protección de los santos —estando en Cristo por la gracia electiva y unidos a Él y, por lo tanto, se dice que son preservados en Él— en esto y por esto, puestos en su Mano, hechos las ovejas de su Mano, de cuyas Manos nadie las puede arrebatar, ni [pueden] caer jamás (Jud. 1:1).

**2. Existe una unión conyugal<sup>5</sup> entre Cristo y los elegidos que también fluye del amor y comenzó en la eternidad.** Por la institución del matrimonio natural, las personas entre quienes se contrae se convierten en una sola carne, como Adán y Eva. No se puede concebir una unión más estrecha que ésta. [Su] matrimonio fue una sombra y una

---

<sup>3</sup> **Subsistencia** – Existencia.

<sup>4</sup> **Thomas Goodwin** (1600-1679) – Pastor congregacional y teólogo; líder de los Hermanos Disidentes de la Asamblea de Westminster.

<sup>5</sup> **Conyugal** – Relativo al matrimonio.

representación del matrimonio entre Cristo y su Iglesia, a la que, habiendo desposado, Él nutre y cuida como a su propia carne. Se convierten en uno... Ahora, aunque la relación matrimonial manifiesta entre Cristo y las personas particulares tiene lugar en la conversión, que es el día de sus desposorios<sup>6</sup> con Él (Jer. 2:2), la notificación más pública de la misma, tendrá lugar cuando todos los elegidos de Dios sean reunidos: [Ellos] serán en un solo cuerpo como una novia ataviada para su esposo y sean realizadas las bodas del Cordero. ¡Esto [será] declarado de la manera más abierta y las nupcias solemnizadas de la manera más magnífica! (Ap. 21:2). Sin embargo, el acto secreto de los esponsales tuvo lugar en la eternidad, cuando Cristo, en amor a los escogidos, le pidió a su Padre que fueran su novia y esposa. Al serle entregados, Él los desposó consigo en amorosa bondad y, desde entonces, los consideró en tal relación con Él. [Éste] es el fundamento de todos los demás actos de gracia posteriores hacia ellos. Por lo tanto, debido a su relación matrimonial con su Iglesia, Él se convirtió en su Fiador<sup>7</sup> y se entregó a Sí mismo por ella. [Él] derramó su preciosa sangre para santificarla y limpiarla de todas las impurezas de la Caída y otras transgresiones, a fin de presentársela a Sí mismo como una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante; una Iglesia tal y en tal gloria [como la que] Él había visto cuando la desposó por primera vez (Ef. 5:25-27). Así entre los judíos, había un desposorio privado antes del matrimonio manifiesto y la consumación del mismo. En [este] desposorio, comenzaba la relación de marido y mujer (Dt. 22:23-24). Por eso, se dice que Cristo es el Esposo de la Iglesia Gentil antes de que ella estuviera en existencia real (Is. 44:5).

**3. Existe una unión federal<sup>8</sup> entre Cristo y los elegidos.** Tienen un pacto de subsistencia en Él como su Cabeza y Representante. El pacto<sup>9</sup> fluye y es el efecto del amor, la gracia y la misericordia de Dios —de los cuales se habla junto con él como su fundamento (Sal. 89:2-3; 33-34; Is. 54:10)—. De ahí que, comúnmente, se le llame el Pacto de la

<sup>6</sup> **Desposorios** – La promesa de contraer matrimonio o esponsales.

<sup>7</sup> **Fiador** – Alguien que asume la deuda de otro.

<sup>8</sup> **Federal** – La teología federal sugiere que Adán, como primer ser humano, actuó como “cabeza federal” o representante legal del resto de la humanidad. Así, Dios entró en una relación de pacto con Adán que prometió bendición por la obediencia y una maldición por la desobediencia... Debido a que Adán fue desobediente, la maldición se extiende a la humanidad, de la cual Adán es el representante del pacto... Así como Adán era la cabeza federal de la humanidad, así también Cristo entra en la historia como un segundo Adán, libre de la maldición, y actúa como cabeza del pacto de justicia para todos los que creen en Él (Stanley Grenz, David Guretzki y Cherith Fee Nordling, Diccionario de bolsillo de términos teológicos (*Pocket Dictionary of Theological Terms*), 50-51).

<sup>9</sup> **Pacto** – Una promesa solemne o juramento de Dios al hombre.

Gracia y éste fue hecho desde la eternidad. Cristo fue establecido como Mediador<sup>10</sup> del mismo. Sus orígenes en él fueron muy tempranos (Pr. 8:23; Mi. 5:2), la vida eterna fue prometida antes de que el mundo comenzara y las bendiciones de la gracia fueron proporcionadas muy pronto (Ti. 1:2; 2 Ti. 1:9) —todo lo cual prueba la antigüedad de este pacto—.

Ahora, este pacto se hizo con Cristo, no como una sola persona, sino como una Cabeza común. [Esto] no fue para Sí mismo o por su propia cuenta solamente, sino por y para su pueblo. Así como el Pacto de Obras<sup>11</sup> se hizo con Adán como Cabeza federal de toda *su* descendencia —de ahí que se diga que él es la figura o tipo de Aquel que había de venir (Ro. 5:14)— así el Pacto de Gracia se hizo con Cristo como Cabeza federal de *su* descendencia espiritual. Por esta razón, se establece un paralelismo entre ellos en Romanos 5 y 1 Corintios 15, como si hubieran sido los dos únicos hombres en el mundo: Uno llamado el *primero*, el otro el *segundo* hombre. Cristo representaba a su pueblo en este pacto y ellos tenían una unión representativa con Él en él. Todo lo que Él prometió y se comprometió a hacer, lo prometió y se comprometió en *su* nombre y a cuenta de *ellos*: Cuando se cumplía, para Dios era lo mismo que si lo hubieran hecho ellos. Lo que Él recibió —promesas y bendiciones de gracia— lo recibió en nombre de *ellos* y ellos las recibieron *en Él*, siendo uno con Él como su Cabeza común y Representante.

**4. Existe una unión legal entre Cristo y los elegidos, cuyo vínculo es su garantía por ellos, la cual fluye de su fuerte amor y afecto por ellos.** A este respecto, Cristo y ellos son uno a los ojos de la Ley, como el fiador y el deudor son uno en sentido legal; de modo que si uno de ellos paga la deuda por la que está obligado, es lo mismo que si lo hiciera el *otro*. Cristo es el Fiador del mejor testamento: Él se acercó a Dios, dio su fianza, se obligó a Sí mismo a pagar las deudas de su pueblo y a hacer satisfacción por sus pecados; Quien siendo como tal aceptado por Dios, Él y ellos fueron considerados como uno sólo. Ésta es la base y el

---

<sup>10</sup> **Mediador** – Alguien que interviene entre dos partes hostiles para eliminar conflictos y reconciliarlos. “Agradó a Dios, en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, conforme al pacto hecho entre ambos, para que fuera el Mediador entre Dios y el hombre; Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de la Iglesia, el heredero de todas las cosas y Juez del mundo; a quien dio, desde toda la eternidad, un pueblo para que fuera su simiente y para que a su tiempo lo redimiera, llamara, justificara, santificara y glorificara”. Ver *Confesión de Fe Bautista de Londres de 1689*, 8.1. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>11</sup> **Pacto de Obras** – El acuerdo que Dios estableció con Adán en el Jardín del Edén, antes de su caída en pecado. Estableció la obligación del hombre de obedecer a Dios con pena de muerte por desobediencia (Gn. 2:16-17).

fundamento de su pago de las deudas de ellos, de haber hecho satisfacción por sus pecados, de la imputación de sus pecados a Él y de la imputación de su Justicia<sup>12</sup> a ellos.

En resumen, es la unión y la relación antecedente<sup>13</sup> de los santos con Cristo en la eternidad... que son el fundamento y la razón de todo lo que Cristo ha hecho y sufrido por ellos y no por otros —y de todas las bendiciones de la gracia que son o serán otorgadas a ellos, [pero] son negadas a otros—. La razón por la que Él se encarnó por ellos y tomó sobre Sí la naturaleza humana, con especial consideración hacia ellos, fue que eran hijos que le habían sido dados. Él entregó su vida por ellos porque eran sus ovejas; Él se entregó por ellos porque eran su Iglesia y Él los salvó de sus pecados porque eran su pueblo (He. 2:13-14; Jn. 10:14-15; Ef. 5:25; Mt. 1:21).

En una palabra, la unión a Cristo es lo primero, la primera bendición de la gracia, fluyendo del amor y efectuada por éste; por lo tanto, [ésta] es la aplicación de todas las demás. “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús” —primero amados y unidos a Cristo— y luego sigue, “el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación, y redención” (1 Co. 1:30). Entonces, el dr. Goodwin observa que “la unión con Cristo es el primer elemento fundamental de la justificación<sup>14</sup> y de la santificación y de todo. Cristo primero nos toma y, luego, envía su Espíritu; Él nos aprehende primero; no es el hecho de ser regenerado lo que me da derecho a todos estos privilegios; sino que es Cristo tomándome y, luego, dándome su Espíritu, fe y santidad”.

Tomado de Un cuerpo completo de divinidad doctrinal y práctica (*A Complete Body of Doctrinal and Practical Divinity*), reimpresso por The Baptist Standard Bearer, [www.standardbearer.org](http://www.standardbearer.org).

---

**John Gill (1697-1771):** Ministro bautista, teólogo y erudito bíblico; nació en Kettering, Northamptonshire, Inglaterra.



---

<sup>12</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 7: *Justicia imputada*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>13</sup> **Antecedente** – Ocurrido antes en el tiempo; previo.

<sup>14</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 4: *Justificación y La justificación por gracia* de C.H. Spurgeon. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

# EN CRISTO JESÚS

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

*“Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” (Efesios 2:4-7).*

**H**ay un cierto sentido en el que podemos decir, con toda razón y verdad, que tenemos aquí una de las declaraciones más profundas con respecto a la condición y la posición del cristiano que se pueda encontrar en cualquier parte de las Escrituras... Ahora, hay, obviamente, una serie de observaciones preliminares que uno debe hacer sobre una declaración como ésta. La primera que me siento constreñido a hacer es que *éste* es el verdadero cristianismo, que es la esencia misma del cristianismo y nada menos que eso. ¡Lo que se describe en estas palabras es el nervio mismo de todo este asunto! Esto es lo que Dios ha hecho *a* nosotros y *por* nosotros, y no principalmente, algo que hayamos hecho nosotros. El cristianismo, en otras palabras, no significa, simplemente, que tú y yo hayamos [tomado] una *decisión*... La gente puede decidir dejar de hacer ciertas cosas y empezar a hacer otras: eso no es cristianismo. La gente puede creer que Dios perdona sus pecados, pero eso no es cristianismo *en sí mismo*. La esencia del cristianismo es la verdad que tenemos aquí: *Esto* es lo real y nada menos que esto es lo real.

Yo también enfatizaría que esto es cierto para *cada* cristiano... Aquí nos encontramos, cara a cara, con la maravillosa enseñanza y doctrina sobre la unión del cristiano con el Señor Jesucristo... *Esto* es lo que nos hace cristianos; aparte de esto, no estamos en la posición cristiana, en absoluto.

**Por lo tanto, es importante que comprendamos de una vez que realmente estamos tratando aquí con algo que es básico, fundamental y primario.** Al mismo tiempo, por supuesto, la doctrina es tan gloriosa y grande que incluye toda la vida cristiana. La vida cristiana es un todo y ustedes, por así decirlo, tienen el todo de una vez y, luego, proceden a apropiárselo en sus diversas partes y a comprenderlo cada vez más. *Esto* es el cristianismo: “Estando nosotros muertos en pecados, [Dios] nos dio vida juntamente con Cristo... Y juntamente con él nos resucitó,



y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”.

¿Qué sucede, me pregunto, cuando nos examinamos a la luz de tal declaración? ¿Podemos decir que siempre nos consideramos a nosotros mismos como cristianos en estos términos? ¿Es ésta mi manera de pensar como un cristiano? ¿O todavía tiendo a pensar de mí mismo como cristiano en términos de lo que estoy intentando y esforzándome por hacer, y de lo que estoy intentando hacer por mí mismo o hacer de mí mismo? Ahora, esto es, obviamente, muy básico porque todo el énfasis del Apóstol aquí es que lo principal, lo primero, es lo que *Dios* nos hace, no primariamente, lo que tú y yo hacemos por nosotros mismos.

**Hay dos maneras de ver esta gran afirmación.** Algunas personas adoptan un punto de vista puramente *objetivo*. Piensan en ella, exclusivamente, en términos de nuestra posición o nuestra situación en la presencia de Dios. Lo que quiero decir es que la consideran como algo que, en cierto sentido, ya es cierto de nosotros en Cristo, pero que no lo es de nosotros en la práctica. Consideran que es una afirmación del hecho de que más allá de la muerte, resucitaremos y compartiremos la vida de gloria que espera a todos los que están en Cristo Jesús. Sostienen que la verdad es que el Señor Jesucristo ya resucitó de entre los muertos; fue vivificado cuando estaba muerto en el sepulcro, resucitó, se apareció a ciertos testigos, ascendió al cielo, está en la gloria en los lugares celestiales. “Ahora”, dicen, “eso le ha sucedido a Él y si creemos en Él, nos sucederá a nosotros”. Dicen que esto es cierto para nosotros por la fe ahora, pero en realidad, sólo por la fe. No es real en nosotros ahora: es enteramente en Él. Pero se hará realidad en nosotros en el futuro. Esto es lo que yo llamo *el punto de vista puramente objetivo* de esta afirmación. Y, por supuesto, como afirmación, es perfectamente cierta, excepto que no va lo suficientemente lejos. Todo eso *es* cierto para nosotros. Llegará el tiempo cuando todos nosotros, quienes somos cristianos, seremos resucitados, a menos que nuestro Señor regrese antes de que muramos. Nuestros cuerpos serán transformados y serán glorificados; y viviremos, y reinaremos con Él, y entraremos y compartiremos su gloria con Él. Eso es perfectamente cierto.

Pero me parece que interpretar esta afirmación, *únicamente* de esa manera, es malinterpretarla muy gravemente. Y eso lo puedo demostrar. Hay dos argumentos que la hacen bastante inadecuada como interpretación. El primero es que todo el contexto aquí es *experiencial*<sup>1</sup>. El Apóstol no está tan preocupado por recordarles a estos efesios algo que *les va* a suceder: su gran preocupación aquí es recordarles lo que *ya*

---

<sup>1</sup> **Experiencial** – Que involucra la experiencia.

*les sucedió* y su posición actual. Es importante que tengamos siempre presente el contexto. Lo que preocupa al Apóstol en toda esta declaración es que podamos conocer “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos” (Ef. 1:19-20). En otras palabras, él está orando para que estos efesios tengan los ojos de su entendimiento tan iluminados que puedan saber lo que Dios está haciendo por ellos ahora, en ese mismo momento, no algo que Él vaya a hacer en el futuro... Él se preocupa de que ahora, en medio de todas sus dificultades, aprecien lo que *realmente* es cierto para ellos.

Pero me parece que hay una prueba, aún más contundente, en el quinto versículo. El Apóstol dice: “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” y luego, en un paréntesis, “(por gracia sois salvos)”. En otras palabras, él dice: “De lo que estoy hablando es de vuestra salvación en este momento”. “Por gracia sois salvos” significa “por gracia *habéis sido* salvos”. Ese es el tiempo verbal: “Ustedes *han sido* salvados”. Es evidente que se trata de algo experiencial. Es algo subjetivo, no algo puramente objetivo. La tragedia es que la gente, muy a menudo, pone estas cosas como opuestas, cuando en realidad la Escritura muestra siempre que las dos cosas deben ir juntas. Hay un lado objetivo en mi salvación; pero gracias a Dios, también hay un lado subjetivo... Eso es lo que el Apóstol está tan ansioso de que entendamos. En otras palabras, esto debe ser interpretado espiritual y subjetivamente. Debe entenderse de manera experiencial. “Lo que Dios ha hecho con nosotros espiritualmente”, dice el Apóstol, “es comparable a lo que hizo con el Señor Jesucristo en sentido físico, cuando lo resucitó de entre los muertos y lo llevó consigo para sentarlo en los lugares celestiales”.

Debemos volver al final del primer capítulo. El poder que está obrando hacia nosotros y en nosotros, los que creemos, es el mismo poder que Dios “operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales” (Ef. 1:20). “Ahora”, dice Pablo, “quiero que sepáis que el mismo poder que hizo eso, está obrando en ustedes espiritualmente”. Esto, entonces, nos permite decir que todo lo que nos ha sucedido, si somos cristianos, ha sucedido por ese mismo poder de Dios. Todos los tiempos verbales que el Apóstol usa aquí en estas mismas palabras que estamos estudiando, están todas en *pasado*. No dice que Dios nos va a resucitar, que nos va a vivificar, que nos va a sentar en los lugares celestiales; dice que ya lo ha *hecho* —que cuando estábamos muertos, *Él nos dio vida*...—. Debemos decir de nosotros mismos como cristianos que *hemos* sido vivificados, que *hemos* resucitado, que *estamos* sentados en los lugares celestiales.

O, tal vez, podemos expresarlo mejor así —y seguramente esto es lo que el Apóstol tenía en mente— la posición del cristiano es exactamente la opuesta a la del hombre que *no* es cristiano. El hombre que no es cristiano es un hombre que está muerto en delitos y pecados. Está siendo guiado según la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Su conducta está en los deseos de la carne, satisfaciendo los deseos de la carne y de la mente; está bajo la ira de Dios por naturaleza. Ese es el no cristiano.

**¿Qué es un cristiano?** Es exactamente lo opuesto a eso —vivificado, vivo, resucitado, sentado en los lugares celestiales, enteramente diferente, un contraste completo—. El “pero” resalta en todas partes este aspecto de contraste. Obviamente, no podemos entender verdaderamente nuestra posición como cristianos, a menos que nos demos cuenta de que es un completo contraste con lo que una vez fuimos. Puedes ver cuán importante es en la interpretación de la Escritura tomar todo en su contexto. Debemos ser claros acerca de nuestro estado en pecado porque, si no lo somos, nunca seremos claros acerca de nuestro estado en gracia y en salvación.

Si esa es la verdad sobre nosotros como cristianos ahora, dos asuntos principales deben ocupar nuestra atención. La primera es: “¿Cómo nos ha sucedido todo esto? ¿Cómo ha llegado a ser esto verdad para mí como cristiano?”. El Apóstol responde a la pregunta: Es “juntamente con Cristo”.

¿Notan el énfasis que repite constantemente? “Aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús”. Aquí estamos, indudablemente, cara a cara con una de las más grandes y maravillosas de todas las doctrinas cristianas, una de las más gloriosas más allá de toda duda. Es toda la enseñanza de la Escritura con respecto a nuestra *unión con Cristo*. Es una enseñanza que se encuentra en muchos lugares. Me gustaría remitirles al quinto capítulo de la Epístola a los Romanos que es, en muchos sentidos, la declaración más extensa de la doctrina que se puede encontrar en cualquier lugar. Pero se encuentra, exactamente de la misma manera, en el sexto capítulo de la Epístola a los Romanos. También se encuentra en 1 Corintios 15, el gran capítulo que se lee con tanta frecuencia en los servicios funerarios; pero se ve con igual claridad en 2 Corintios, capítulo 5. De manera similar, es la enseñanza que se encuentra en esas hermosas palabras al final del segundo capítulo de la Epístola a los Gálatas: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo

en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá. 2:20). ¡Esto es lo más maravilloso y lo más asombroso de todo, y para mí es siempre motivo de gran sorpresa que esta bendita doctrina reciba tan poca atención! Por una u otra razón, los cristianos parecen tenerle miedo... [Sin embargo], según esta enseñanza en Efesios 2 y en otros lugares, ustedes no son cristianos en absoluto, *a menos que estén unidos a Cristo* y “en Él”...

**¿Qué significa que estemos unidos a Cristo?** Se usa en dos sentidos. El primero es en lo que puede llamarse un sentido *federal* o, en otras palabras, un sentido de *pacto*. Esa es la enseñanza del capítulo quinto de Romanos, versículos 12-21. Adán fue constituido y considerado por Dios como la cabeza y el representante de la raza humana. Él era la cabeza federal, el representante federal, la cabeza del pacto. Dios hizo un pacto con Adán, hizo un acuerdo con él, le hizo ciertas declaraciones en cuanto a lo que haría, etc. Ahora, ese es el primer sentido en el que se enseña esta doctrina de la unión. Y lo que se dice, por lo tanto, acerca del Señor Jesucristo es que Él es nuestra Cabeza Federal, Él es nuestro Representante. Adán, nuestro representante, se rebeló contra Dios: Pecó, fue castigado y le siguieron ciertas consecuencias. Pero como Adán era nuestro representante y nuestra cabeza, lo que le sucedió a Adán, también le sucedió a toda su posteridad y a nosotros.

Éste es un aspecto muy importante de este asunto. Entendemos algo de esto en la vida ordinaria y viviendo. El embajador de este país en un tribunal extranjero representa a todo el país y participa en acciones en las que todos estamos implicados, queramos o no. Como ciudadanos de este país, todos sufrimos las consecuencias de acciones que se tomaron antes de que nació... Lo que hace el líder o el representante oficial de una nación es vinculante para todos los ciudadanos de esa nación. Ahora, eso fue cierto para Adán. También es cierto para el Señor Jesucristo. Adán fue el primer hombre; Jesucristo es el Segundo Hombre. Tenemos al primer Adán; tenemos al Último Adán. Ahora, Jesucristo, según esta enseñanza, es el Representante de esta nueva humanidad. Por lo tanto, lo que Él hizo y lo que Él sufrió es algo que se aplica a *toda* esta nueva raza que ha llegado a existir en Él. De modo que la unión del creyente con Cristo debe considerarse en ese sentido federal.

**Pero no se queda ahí. Hay otro aspecto de la unión que podemos llamar místico o vital.** Es algo que enseñó el propio Señor en las famosas palabras del capítulo quince del Evangelio según san Juan, donde dice: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” (Jn. 15:5). La unión entre los sarmientos y la vid no es mecánica: es vital y orgánica. Están unidos: la misma savia, la misma vida está en el tronco y en los pámpanos. Pero

no es la única ilustración utilizada. Al final del primer capítulo de [Efesios], Pablo dice que la unión entre un cristiano y el Señor Jesucristo es comparable a la unión de las diversas partes del cuerpo con todo el cuerpo y, especialmente, con la cabeza. Ahora, cualquiera de mis dedos es una parte vital de mi cuerpo. No está simplemente atado: hay una unión viva, orgánica, vital. La sangre que fluye por mi cabeza fluye por mis dedos. Eso indica una especie de unidad interna, esencial, y no meramente, una unión federal, legal o de pacto.

Todas estas bendiciones que disfrutamos, llegan a ser nuestras porque estamos unidos a Cristo de esta doble manera: De la manera forense<sup>2</sup>, federal, a manera de pacto, pero también de esta manera vital y vivida. Por tanto, podemos afirmar que lo que le sucedió a Cristo nos ha sucedido a nosotros. ¡Ésta es la maravilla y el misterio de nuestra salvación, y es la cosa más gloriosa que jamás podamos contemplar! El Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Divinidad eterna, descendió del cielo a la tierra; tomó para Sí la naturaleza humana, unió la naturaleza humana a Sí mismo, compartió la naturaleza humana y como resultado de su obra, nosotros, los seres humanos, compartimos su vida y estamos en Él, y somos partícipes de todos los beneficios que proceden de Él. Ahora, ya se los recordé al principio y debo repetirlo: *Eso* y nada menos que eso, es el cristianismo. Si no nos damos cuenta de esto, me pregunto ¿qué es nuestro cristianismo? Esto no es algo a lo que se llega; es algo con lo que se empieza... Lo que el Apóstol quiere subrayar, principalmente, es que considerando que estábamos muertos, ahora estamos vivos.

La pregunta surge de inmediato: “¿Cómo puede suceder esto?”. Algo debe suceder antes de que nosotros, que estamos muertos y bajo la ira de Dios, podamos ser vivificados. No puedo obtener beneficio alguno hasta que se haya hecho algo para satisfacer la ira de Dios, pues no sólo estoy muerto y soy una criatura de concupiscencias y controlado por el dios de este mundo, sino que estoy bajo la ira de Dios —“éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Ef. 2:3)—. Y, gracias a Dios, algo *ha* sucedido. Cristo ha tomado sobre Sí nuestra naturaleza, Él ha tomado sobre Sí nuestros pecados, Él ha ido al lugar del castigo; la ira de Dios ha sido derramada sobre Él. Ese es todo el significado de su muerte en la cruz: es el pecado siendo castigado; es la ira de Dios manifestándose contra el pecado. Y si no vemos esto en la cruz del Calvario, estamos mirando esa cruz sin los ojos del Nuevo Testamento. Existe ese aspecto terrible en la cruz y *nunca* debemos olvidarlo. Nunca

---

<sup>2</sup> **Forense** – Relativo a la ley; judicial.

debemos olvidar el grito de abandono: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mt. 27:46). Eso fue porque Él estaba experimentando la ira de Dios contra el pecado, nada menos. Pero el Apóstol, aquí, se preocupa mucho más de subrayar el aspecto positivo. Cristo no sólo murió y fue sepultado, sino que se levantó. Dios “resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra” (Ef. 1:20-21). Todo eso implicaba una *vivificación*, una resurrección y una exaltación. Y lo mismo, dice el Apóstol, es verdad para nosotros porque estamos en Cristo —“nos vivificó juntamente con él”—. Esto ha sucedido a *todos* los que son cristianos. Es la acción de Dios. Ciertamente, esto no necesita ninguna demostración. Ese hombre que está muerto en pecados y bajo la ira de Dios, ¿qué puede hacer? No puede hacer *nada*. Dios lo hace por él; Dios lo vivifica. Así como Él vivificó el cuerpo muerto de su Hijo en la tumba, Él nos vivifica espiritualmente.

¿Qué significa “vivificar”? Significa “dar vida”, significa “impartir vida”. Entonces, lo primero que es verdad para el cristiano es que ha llegado al fin de su muerte —estábamos muertos en delitos y pecados, no habíamos nacido espiritualmente—. No hay ninguna chispa divina en nadie nacido en este mundo. Todos los que nacen en este mundo, porque son hijos de Adán, nacen muertos —nacen muertos *espiritualmente*—. Toda esta idea de una chispa divina que permanece en el hombre es una contradicción, no sólo de esta Escritura, sino también de toda la Escritura. La posición de toda persona nacida en este mundo es que está muerta. La comparación usada para ilustrar esto es el cuerpo sin vida del Señor Jesucristo enterrado en una tumba con una piedra rodada sobre la entrada. Ésta es, pues, la primera verdad positiva: He llegado al fin de mi muerte. Ya no estoy muerto en delitos y pecados, ya no estoy muerto espiritualmente. ¿Por qué? Porque he muerto con Cristo. He muerto con Cristo a la Ley de Dios y a la ira de Dios.

**Ahora, un cristiano es un hombre que debe afirmar esta verdad.** El principio del cristianismo, es decir: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). El cristiano no es un hombre que *espera* ser perdonado; el cristiano no es un hombre que espera que, en última instancia, podrá satisfacer las exigencias de la Ley y presentarse ante Dios. Si es un cristiano que entiende el cristianismo, dice: “¡Ya estoy allí, ya no estoy muerto, estoy vivo, he sido resucitado, he sido vivificado!”. El primer aspecto importante de esa afirmación es el negativo, que dice que ya no estoy muerto. He acabado de morir; estoy muerto al pecado, estoy muerto a la Ley, estoy muerto a la ira de Dios. “Ahora, pues, ninguna

condenación hay”. ¿Puedes decir eso? Es la afirmación que todo cristiano debería poder hacer... Las Escrituras hacen esta afirmación definitiva: No soy cristiano; no puedo ser cristiano, en absoluto, sin estar *en Cristo*. Se deduce que, si estoy *en Cristo*, lo que es cierto de Él, también es cierto de mí. Él ha muerto al pecado una vez y yo he muerto al pecado una vez, *en Él*. Cuando el Señor Jesucristo murió en esa cruz en el monte del Calvario, yo estaba muriendo con Él... cuando Cristo murió en esa cruz y soportó la ira de Dios contra el pecado, yo estaba participando en ella. Yo estaba en Él, estaba muriendo con Él. Estoy muerto a la Ley, estoy muerto a la ira de Dios... Pero, *además*, Él nos ha vivificado, nos ha dado vida... ¿Estás muerto espiritualmente o estás vivo espiritualmente?

Pero mira el caso de forma más positiva. Significa que Dios ha puesto en mí, un nuevo Espíritu de vida. “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8:2). “La ley del Espíritu de vida en Cristo” está en el cristiano. Esto es lo opuesto de la muerte y la mortalidad. Antes de que este nuevo Espíritu de vida en Cristo Jesús entrara en nosotros, estábamos muertos en delitos y pecados, y sujetos a un espíritu muy diferente —“el príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef. 2:2)—. Pero eso ya no es verdad. Hay un nuevo Espíritu de vida.

**¿Qué es la “vivificación”?** La vivificación es la regeneración y nada más. Cuando el Apóstol dice aquí: “Os dio vida a vosotros”, es decir, los vivificó, quiere decir: “Os *regeneró* a vosotros”. Les ha dado nueva vida, han sido nacidos de nuevo, han sido creados de nuevo, han llegado a ser partícipes de la naturaleza divina. ¿Qué es la regeneración? No se me ocurre una definición mejor que ésta: La regeneración es un acto de Dios por el cual se implanta en el hombre un principio de vida nueva y la disposición rectora del alma es hecha santa. Eso es la regeneración. Significa que Dios, por su poderosa acción, pone una nueva disposición en mi alma. Fíjense que digo “disposición”, no facultades. Lo que el hombre en pecado necesita, no son nuevas facultades. Lo que necesita es *una nueva disposición*. ¿Cuál es la diferencia, se preguntarán, entre facultades y disposición? Es algo así: La disposición es lo que determina la inclinación y el uso de las facultades. La disposición es lo que gobierna y organiza el uso de las facultades, lo que hace que un hombre sea músico y otro poeta y otro cualquier otra cosa. Así que la diferencia entre el pecador y el cristiano, el incrédulo y el creyente, no es que el creyente, el cristiano, tenga ciertas facultades de las que carece el otro hombre. No, lo que sucede es que esta nueva disposición

dada al cristiano, dirige sus facultades de una manera totalmente diferente... Lo que es nuevo es una nueva inclinación, una nueva disposición. Ha tomado una dirección diferente; hay un nuevo poder obrando en él y guiando sus facultades.

Esto es lo que hace a un hombre cristiano. Existe este principio de vida en él; existe esta nueva disposición. Y afecta a todo el hombre: Afecta su mente, afecta su corazón, afecta su voluntad...

¿*Estás vivo?* ¿Ha puesto Dios este principio de vida en ti? Tal como estás en este momento, ¿sabes que esto te ha sucedido, que existe esta diferencia esencial entre tú y el hombre del mundo?... ¡*Vivificado!* Estábamos muertos, sin vida, no podíamos movernos espiritualmente, no teníamos apetito espiritual, ni aprehensión o entendimiento espiritual. Pero si somos cristianos, eso ya no es verdad. Hemos sido vivificados junto con Cristo, el principio de vida ha entrado, hemos sido regenerados. *No hay cristianismo aparte de eso...* Debido a que estamos unidos a Cristo, algo de su vida está en nosotros como resultado de esta unión vital, indisoluble, esta conexión íntima y mística... ¿Tienes vida? ¿Has sido vivificado? Es el comienzo del cristianismo. No hay cristianismo aparte de esto... ¿Eres consciente de un principio que está obrando en ti, por así decirlo, a pesar de ti mismo, influyendo en ti, moldeándote, guiándote, convenciéndote, conduciéndote? ¿Eres consciente de ser poseído? —si me permites decirlo así, a riesgo de ser malinterpretado—. El cristiano es un hombre poseído; este principio de vida ha entrado en él, esta nueva disposición lo posee. Y él es consciente de una obra dentro de él... Dios ha comenzado una buena obra en mí y yo lo sé. Él ha puesto esta nueva vida en mí... —¡en mí!—. *He nacido de nuevo y estoy unido a Cristo.*

Que Dios por su Espíritu, ilumine los ojos de nuestro entendimiento para que podamos empezar a comprender esta poderosa obra del poder de Dios en nosotros.

Tomado de La manera de Dios para la reconciliación: Una exposición de Efesios 2, (*God's Way of Reconciliation: An Exposition of Ephesians 2*), 70-81, publicado por The Banner of Truth Trust, [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org). Usado con permiso.

---

**David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981):** Reconocido predicador expositivo y ministro de Westminster Chapel, Londres, Inglaterra, 1938-68; nacido en Gales, Reino Unido.





# LA FE NOS UNE A CRISTO

William Cunningham (1805-1861)

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios” (Efesios 2:8).*

**C**onsideremos ahora,... brevemente, el efecto de la fe al unirnos a Cristo y así, salvar el alma. Se habla mucho en la Escritura sobre el tema de la fe —de su gran importancia y de su necesidad indispensable para la salvación—. Leemos: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (Mr. 16:16). Es la fe la que hace cristiano a un hombre, la que produce todas aquellas cosas que acompañan a la salvación, esa salvación que es el punto de inflexión de la existencia de un hombre, esa salvación que lo libera de la autoridad del diablo y lo traslada al reino del amado Hijo de Dios.

**La fe ocupa este importante lugar en nuestra salvación porque nos une a Cristo.** Nos lo dice el Apóstol, expresamente, en Efesios 3:17, donde está escrito: “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”. Esta unión de los creyentes a Cristo, efectuada por la fe, es ciertamente mencionada con frecuencia en el Nuevo Testamento. La naturaleza de la misma nos es presentada por medio de todos los modos de expresión y descripción adecuados para transmitir la más fuerte impresión de su cercanía e importancia.

Por cuanto agradó al Padre que en Cristo “habitase toda plenitud” (Col. 1:19) y sólo de Él puede derivarse cualquier porción de esta “plenitud”. El Pacto de Redención<sup>1</sup> se hizo entre el Padre y el Hijo, pues el hombre no era parte directa ni principal del mismo. Así como Cristo cumplió las condiciones de este pacto, todas las bendiciones que el pacto aseguraba le fueron otorgadas a Él y continúan en su posesión. En todo lo relacionado con este pacto eterno, Él actuó como la Cabeza y Fiador de su pueblo en el nombre y lugar de ellos. Él tomó el lugar de ellos, aceptando sufrir lo que ellos debían haber sufrido y pagar por ellos lo que era necesario para su salvación, lo cual, ellos por sí mismos, nunca podrían haber ganado. Él fue aceptado por Dios como Fiador y Sustituto

---

<sup>1</sup> **Pacto de Redención** – Término aplicado al acuerdo entre los miembros de la Trinidad para redimir a los pecadores: Dios Padre se propuso la realización de la salvación mediante la Persona y la obra de Dios Hijo, y la aplicación de la salvación mediante el poder regenerador de Dios Espíritu Santo.

de todos aquellos que después creyeran en Él y Él fue tratado en consecuencia.

**Ahora, cuando un hombre cree en Cristo, está, según la designación de Dios, unido a Él.** Se forma una unión entre ellos. Dios lo considera como si fuera Cristo y lo trata como si hubiera sufrido el castigo por sus pecados, el cual Cristo soportó en su lugar —como si hubiera realizado en su propia persona, esa plena y perfecta obediencia a la Ley divina que la conducta de nuestro Salvador exhibió—. Es esta imputación de los sufrimientos de Cristo y de su justicia o, como es llamada a menudo, su obediencia *activa y pasiva* —es esta comunión de sufrimiento y de mérito en la cual consiste, principalmente, la unión de los creyentes con Cristo—. Esta unión y comunión con Él es el fundamento de su salvación en todas sus partes y en todos sus aspectos. Cuando creen en Él, Dios los considera como uno con Él —como si hubieran ofrecido lo que Él ha sufrido, como si hubieran hecho lo que Él ha hecho, como si hubieran pagado la pena por sus pecados y hubieran ganado un derecho al favor de Él—.

Viéndolos así unidos a Cristo —*como uno con Él*— Dios les concede las bendiciones que Cristo compró para todos los que creyeran en su Nombre. Obtienen por la fe el perdón de sus pecados, la aceptación de Dios como personas justas, la renovación<sup>2</sup> y santificación de su naturaleza y, finalmente, una herencia entre los santificados. Cristo es la gran Cabeza de influencia: Todas las bendiciones espirituales son los frutos de su adquisición. Sólo permaneciendo en Él es que podemos producir frutos para vida eterna como está escrito: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn. 15:5).

**Ve ahora la gran importancia de la fe en la salvación de los pecadores.** Es el instrumento por medio del cual recibimos todo lo necesario para nuestra paz. Nadie puede ser salvo sin ella y todo el que la tenga, será salvo con toda seguridad. Está relacionado en las declaraciones de la Palabra de Dios con casi todas las bendiciones que se mencionan como importantes y valiosas, como el origen del cual todas se derivan, el instrumento por medio del cual todas se reciben. Es el Espíritu Santo el que forma la unión entre Cristo y los creyentes, y la fe forjada en sus corazones por su poder omnipotente es el lazo que los une y forma el vínculo de unión.

Aunque la salvación es por la fe, es al mismo tiempo, “por gracia” (Ef. 2:5, 8). Debe atribuirse, enteramente, al favor gratuito e inmerecido de Dios. No hay nada en la fe como gracia o virtud, como un acto

---

<sup>2</sup> **Renovación** – La obra operada por el Espíritu Santo; el nuevo nacimiento.

nuestro, que merezca algo de las manos de Dios [o] que merezcamos algo para nosotros... La fe, vista como una obra o acto nuestro, no podría por sí misma, procurarnos el perdón del pecado ni siquiera el arrepentimiento, si eso también estuviera en nuestro poder. Mucho menos —[incluso si] *nosotros pudiéramos creer por nuestras propias fuerzas*— podría *merecernos* alguna recompensa de las manos de Dios.

No es verdad, entonces, que como una obra o una gracia, la fe salve, sino que es, sencillamente, el instrumento que nos une a Cristo. Su obra es el único fundamento de nuestra salvación y de todo lo relacionado con ella. Todo se lo debemos a Él. Él nos la compró por sus propios sufrimientos y obediencia, y nos la otorga mediante su Espíritu. Por lo tanto, debemos cuidarnos, amigos, de darle a nuestra propia fe, en la obra de la salvación, *el lugar que sólo le pertenece a Cristo*. Cuando se atribuye la salvación a la fe, se está tan lejos de atribuir mérito a la fe que, más bien, se está renunciando expresamente a ella. En efecto, somos salvos por la fe, pero es *la fe en Cristo Jesús*. Nuestra fe es la que nos lleva desde nosotros mismos a Cristo, transfiriendo toda nuestra dependencia, por así decirlo, de nuestras propias obras a lo que Él ha hecho y sufrido por nosotros. Y es un acto constante de confianza, una confianza en Él para todo lo que pertenece a otro mundo. Conlleva en todo momento, una declaración de nuestra total incapacidad para hacer algo por nosotros mismos. Por lo tanto, la salvación por la fe, no sólo es totalmente compatible con la salvación por gracia, sino que además, como nos dice el Apóstol, es por fe para que ésta pueda ser por gracia. No sólo son coherentes entre sí, sino que una proporciona la ilustración más sorprendente de la otra. Nada podría haber establecido más plenamente o ilustrado más claramente, la gracia gratuita del Evangelio que hacer que nuestra salvación dependa de la fe porque la fe, además de ser originalmente, don de Dios, es una apelación constante a su intervención: Es tanto en forma como en sustancia, un arrojarnos enteramente y sin reservas sobre su misericordia a través de Cristo y descansar sólo en Él. Creemos en el Señor Jesucristo y somos salvos.

Tomado de Sermones desde 1828 hasta 1860 (*Sermons from 1828 to 1860*), reimpresso por Still Waters Revival Books, [www.swrb.com](http://www.swrb.com). Usado con permiso.

---

**William Cunningham (1805-1861):** Teólogo escocés; autor de numerosas obras teológicas, entre ellas *Teología histórica*. Nacido en Hamilton, Lanarkshire, Escocia.



# JUSTIFICADOS EN CRISTO

Jonathan Edwards (1703-1758)

*“Mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío,  
su fe le es contada por justicia” (Romanos 4:5).*

**C**uando se dice que no somos justificados por ninguna bondad o justicia propia, lo que esto significa es que no es, en absoluto, por respeto a la bondad o excelencia de ninguna cualificación o acto en nosotros que Dios juzga apropiado que este beneficio de Cristo sea nuestro... Aquí, para mayor claridad, quisiera explicarme particularmente, bajo varias proposiciones.

(1) **Es cierto que existe una unión o relación que el pueblo de Cristo mantiene con Él.** [Esto] es expresado en las Escrituras de vez en cuando como estar *en Cristo* y es representado, frecuentemente, con aquellas metáforas de ser miembros de Cristo o estar unidos a Él como los miembros a la cabeza y los pámpanos al tronco. [Esto] es comparado con la unión matrimonial entre marido y mujer. Ahora, no pretendo determinar de qué clase es esta unión, ni es necesario para mi propósito actual, entrar en ningún tipo de disputas al respecto. Si a alguien le disgusta la palabra *unión* por oscura e ininteligible, la palabra *relación* sirve, igualmente, a mi propósito. No deseo ahora, determinar más al respecto de lo que la mayoría de personas fácilmente admiten, es decir, que hay una relación peculiar entre los verdaderos cristianos y Cristo, que no hay entre Él y los demás. [Esto] es lo que significan aquellas expresiones metafóricas de la Escritura sobre estar *en Cristo*, ser miembros *de Cristo*, etc.

(2) **Esta relación o unión con Cristo, por la cual se dice que los cristianos están *en Cristo* (sea lo que esto fuere), es la base del derecho a sus beneficios.** Esto no necesita prueba: La razón de este asunto, a primera vista, lo demuestra. También es sumamente evidente por la Escritura: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn. 5:12). “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios... justificación” (1 Co. 1:30). Primero, debemos estar *en Él* y entonces, Él será hecho justicia o justificación *para nosotros*. “Nos hizo aceptos en el Amado” (Ef. 1:6). Nuestro estar *en Él* es la base de nuestra aceptación. Así es en aquellas uniones con las que el Espíritu Santo ha creído conveniente comparar esto. La

unión de los miembros del cuerpo con la cabeza es la base de su participación en la vida de la cabeza. La unión de los pámpanos con el tronco es la base de su participación en la savia y la vida del tronco. La relación de la mujer con el esposo es la base de su interés conjunto en su patrimonio. Son considerados en varios aspectos como uno sólo ante la ley. Así que hay una unión *legal* entre Cristo y los verdaderos cristianos, de modo que... uno, en algunos aspectos, es aceptado en lugar del otro por el Juez supremo.

(3) **Y así es como la fe es la cualificación en cualquier persona que la hace [adecuada] ante los ojos de Dios para que se le considere como teniendo la satisfacción<sup>1</sup> y la justicia de Cristo, perteneciéndole**, esto es porque es [la *fe*] la que, por su parte, constituye esta unión entre él y Cristo. Por lo que acabamos de observar, el hecho de que una persona esté *en Cristo*... es la base de que la satisfacción y los méritos [de Cristo] le pertenezcan y de que tenga derecho a los beneficios que de ello se derivan. La razón de esto es clara: Es fácil ver cómo el hecho de que los méritos y beneficios de Cristo nos pertenezcan, se deriva de que —si se me permite hablar así— *Cristo mismo* nos pertenezca o de que estemos unidos a Él. Si es así, también debe ser fácil ver cómo o de qué manera [la *fe*] en una persona, la cual por su parte constituye la unión entre su alma y Cristo, debe ser el motivo por la cual Dios considera como apropiado que le pertenezcan los méritos de Cristo. Una cosa muy distinta es que Dios atribuya a alguien, en particular, el *derecho* a los méritos y beneficios de Cristo en función de una cualificación que esta persona tenga a este respecto —de que lo haga por él por respeto al valor o la belleza de esa cualificación o como recompensa de su excelencia—.

Así como no hay nadie [que no esté de acuerdo] en que existe una *relación peculiar* entre Cristo y sus verdaderos discípulos por la cual se dice en algún sentido en las Escrituras que son uno, supongo que no hay nadie [que no esté de acuerdo] en que pueda haber algo que el verdadero cristiano *haga* de su parte, por lo cual es activo en entrar en esta relación o unión... Ahora bien, supongo que *la fe* es este acto.

No pretendo ahora definir la fe justificante ni determinar con precisión lo que contiene. Sólo determinaré lo siguiente acerca de ella: [La fe justificante] es aquella por la cual el alma, que antes estaba separada y alejada de Cristo, se une a Él. [El alma] deja de estar en ese estado de alejamiento y entra en la antes mencionada unión o relación con Él. O, para usar la frase de la Escritura, es aquello por lo cual el alma *viene a Cristo* y lo recibe. Esto es evidente por las Escrituras que usan estas

---

<sup>1</sup> **Satisfacción** – Se refiere a pago, indemnización, reparación, solución, resarcimiento.

mismas expresiones para significar fe. “El que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás. Mas os he dicho, que aunque me habéis visto, no creéis. Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Jn. 6:35-38). “Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero” (Jn. 6:40). “A quien él envió, vosotros no creéis. Escudriñad las Escrituras, porque... ellas son las que dan testimonio de mí. Y no queréis venir a mí para que tengáis vida” (Jn. 5:38-40). “Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros?” (Jn. 5:43-44). “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Jn. 1:12).

Si se dice que se trata de figuras oscuras del lenguaje que... se entienden con dificultad [en nuestros días], admito que las expresiones “recibir a Cristo” y “venir a Cristo” son expresiones metafóricas<sup>2</sup>. Y si debo admitir que son metáforas oscuras, al menos esto es ciertamente claro en ellas: *La fe es aquello por lo cual aquellos que antes estaban separados y alejados de Cristo* —es decir, no estaban tan relacionados y unidos a Él como lo está su pueblo— *dejan de estar tan alejados y vienen a esta relación y cercanía...*

Dios no da la unión o interés en el Salvador a aquellos que lo creen como una *recompensa* por la fe, sino solamente porque la fe es la *unión activa del alma con Cristo*. [La fe] es en sí misma, el propio acto de unión por parte de ellos. Dios considera adecuado que para que se establezca una unión entre dos seres o personas inteligentes y activas, de modo que sean considerados como uno solo, se produzca el acto mutuo de que cada uno reciba al otro como uniéndose activamente el uno al otro. Dios, al exigir esto para la unión con Cristo como uno de su pueblo, trata a los hombres como criaturas razonables, capaces de actuar y elegir. Por lo tanto, [Él] considera apropiado que *sólo* aquellos que son uno con Cristo por su propio acto, sean considerados como uno ante la Ley. Lo que es real en la unión entre Cristo y su pueblo es el fundamento de lo que es legal; es decir, hay algo realmente en ellos y entre ellos, que los une, lo cual es la base de la idoneidad para que sean considerados como uno por el Juez. Y si hay algún acto o cualificación en los creyentes de esa naturaleza unificadora por la cual es apropiado que el Juez

---

<sup>2</sup> **Metáfora** – Figura retórica que traslada el significado de un concepto figurado a otro real.

los considere y acepte como uno, no es de extrañar que por el mismo acto o cualificación, Él acepte la satisfacción y los méritos del uno por el otro como si fueran su *propia* satisfacción y méritos. Esto se deduce necesariamente o, más bien, está implícito.

Es [de esta manera] que la fe justifica o da un interés en la satisfacción y los méritos de Cristo, y un derecho a los beneficios obtenidos por ello, es decir, así hace que Cristo y el creyente sean uno en la aceptación del Juez supremo. Es por la fe que tenemos derecho a la vida eterna porque es por la fe que tenemos al Hijo de Dios por Quien es la vida. El apóstol Juan, en estas palabras, “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Jn. 5:12), evidentemente, parece tener respeto por aquellas palabras de Cristo de las que da cuenta en su Evangelio: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Jn. 3:36). Y donde la Escritura habla de la fe como el recibir o el venir del alma a Cristo, habla de este recibir, venir a o unirse con Cristo como la base de un interés en sus beneficios. A todos los que le recibieron, “les dio potestad” de ser hechos hijos de Dios. No queréis venir a mí “para que tengáis vida”. Y hay una gran diferencia entre que sea conveniente que la satisfacción y los méritos de Cristo sean de aquellos que creen que un interés en esa satisfacción y mérito es una recompensa adecuada de la fe... y que sea conveniente que la satisfacción y los méritos de Cristo sean de ellos porque Cristo y ellos están tan unidos que, a los ojos del Juez, pueden ser considerados y tomados como uno solo.

Tomado de Justificación por la fe sola en Las obras de Jonathan Edwards (*Justification by Faith Alone in The Works of Jonathan Edwards*), Vol. 1, reimpreso por The Banner of Truth Trust, [www.banneroftruth.org](http://www.banneroftruth.org).

---

**Jonathan Edwards (1703-1758):** Predicador congregacional estadounidense; nacido en East Windsor, colonia de Connecticut.



# SANTIFICADOS EN CRISTO

Arthur W. Pink (1886-1952)

**L**os cristianos están, sobrenatural y vitalmente, incorporados a Cristo. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús” (Ef. 2:10): Esa nueva creación se realiza en nuestra unión con su Persona. Éste es nuestro estado espiritual: Un “nuevo hombre” que ha sido “creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24), y esto nos exhorta a “vestirnos” o a hacerlo manifiesto. Esto no es, en absoluto, una cuestión de progreso o logro, sino que es cierto para todo cristiano en el momento en que nace de nuevo. Los términos “creado según Dios en la justicia [nuestra *justificación*] y santidad de la verdad” (nuestra *santificación*) describen lo que es el “nuevo hombre” en Cristo. No es, simplemente, algo que debemos *perseguir*, aunque eso es cierto y está insinuado en el “vestíos”; sino que es lo que todos los cristianos *son* en realidad: Su santificación en Cristo es un hecho consumado. Es precisamente porque los cristianos son “santos” [que] deben llevar vidas santas.

**El creyente comienza su vida cristiana, habiendo sido perfectamente santificado en Cristo.** Así como nuestra posición y estado fueron radicalmente afectados en virtud de nuestra unión con el primer Adán, así también, nuestra posición y estado son completamente cambiados en virtud de nuestra unión con el postrer Adán. Así como el creyente tiene una posición perfecta en santidad ante Dios debido a su unión federal con Cristo, así su estado es perfecto ante Dios porque ahora, está vitalmente unido a Cristo: él está *en Cristo* y Cristo está *en él*. Por la operación regeneradora del Espíritu, somos “unidos al Señor” (1 Co. 6:17). En el momento en que fueron nacidos de nuevo, todos los cristianos fueron santificados *en Cristo* con una santificación a la que ningún crecimiento en la gracia, ningún logro en la vida santa, puede añadir una pizca. Su santificación, como su justificación, es “completa en él” (Col. 2:10). Cristo mismo es su vida y llega a serlo por una unión personal con Él mismo que nada puede disolver. Desde el momento de su nuevo nacimiento, cada hijo de Dios es un “santo en Cristo Jesús” (Ro. 1:7), uno de los “hermanos santos” (He. 3:1) y precisamente porque son tales, están llamados a vivir vidas santas. ¡Oh qué motivo tenemos para adorar la gracia, la sabiduría y el poder de Dios!



Cuando uno es vivificado en Cristo por el Espíritu Santo, inmediatamente, es separado de aquellos que están muertos en delitos y pecados y, por lo tanto, éste es otro aspecto de la “santificación del Espíritu”... Es la presencia interior del Espíritu Santo lo que constituye al creyente en una persona santa... Asombroso, bendito y glorioso hecho, el Espíritu Santo mora en los regenerados para que sus cuerpos lleguen a ser templos del Dios viviente!... Esta morada del Espíritu es, en el orden de Dios, subsecuente a y en consecuencia de nuestra santificación por la sangre de Jesús porque es obvio que Dios no podría “morar” en aquellos que estaban bajo la imputación de su culpa. El Espíritu Santo, por lo tanto, por el mismo hecho de hacer de nuestros cuerpos sus templos, atestigua y evidencia la plenitud y perpetuidad de la santificación que es nuestra por el sacrificio de Cristo...

“Santificación por el Espíritu” (2 Ts. 2:13) es una expresión integral que tiene, al menos, cuatro significados. Primero, señala esa operación sobrenatural del Espíritu, por la cual un pecador es “creado en Cristo Jesús” (Ef. 2:10), hecho vitalmente uno con Él y, por lo tanto, participe de su santidad. Segundo, habla del cambio vital que esto produce en su relación con los impíos. Habiendo sido vivificado a novedad de vida, es separado, inmediatamente, de aquellos que están muertos en pecados, de modo que su posición y estado con respecto a Satanás, el pecado y el mundo ya no son más lo habitual en ellos. Tercero, habla de que el Espíritu mismo establece su morada en el alma vivificada, haciéndola así, personalmente santa. Cuarto, se refiere a la conformidad del corazón con la Ley divina, con todo lo que ello implica...

**Es sobre la base de la obra de Cristo que el Espíritu viene a nosotros...** Sin embargo, señalemos que el bendito Espíritu no permite que nuestros corazones *permanezcan* en la terrible condición en que los encuentra primero... En Tito 3:5, leemos: “Nos salvó... por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo”. Tal vez no podamos precisar todo lo que comprende este “lavamiento”, pero ciertamente, incluye la expulsión de todos los ídolos de nuestro corazón, a tal grado que Dios ahora ocupa el trono del mismo. Por este “lavamiento de la regeneración”, el alma queda tan limpia de su contaminación original que el pecado ya no es amado, sino aborrecido; la Ley divina ya no es odiada, sino deleitable; y los afectos son elevados de las cosas de abajo a las de arriba... Aunque esta “renovación” está muy lejos de lo que tendrá lugar en el santo en su glorificación, es aún una experiencia muy real y radical. Un gran cambio y renovación es producido en el alma, lo cual tiene un efecto beneficioso sobre todas sus facultades. Esta “renovación en el Espíritu Santo” tiene

en sí, un poder transformador, de modo que el corazón y la mente son llevados a un estado de obediencia hacia Dios. El alma es ahora capaz de discernir que “la buena voluntad de Dios [es la más] agradable y perfecta” (Ro. 12:2) de todas, y hay un profundo deseo y un sincero esfuerzo por conformarse a ella. Pero obsérvese, cuidadosamente, que en Tito 3:5, se emplea el tiempo presente y no el pasado —no fuisteis lavados y renovados, sino un “lavamiento” y una “renovación”— es una obra continua del Espíritu...

**El creyente ya ha sido perfectamente santificado en el decreto y propósito del Padre.** Cristo ha obrado para él lo que, cuando se le reconoce en su cuenta, lo capacita perfectamente para los atrios del templo de Dios en lo alto. En el momento en que es vivificado por el Espíritu, es creado en Cristo y, por lo tanto, “santificado en Cristo”: Así, tanto su *posición* como su *estado* son santos a los ojos de Dios. Además, el hecho de que el Espíritu habite en él, haciendo de su cuerpo templo de Él, lo constituye personalmente santo... Es de la mayor importancia que el cristiano tenga muy claro este punto. No nos convertimos en santos por medio de acciones santas —ese es el error fundamental de todas las religiones falsas—. No, primero debemos *ser* santos antes de que pueda haber acciones santas, como la fuente debe ser pura antes de que su corriente pueda serlo, el árbol debe ser bueno para que su fruto sea sano... Primero, Dios tranquiliza nuestros corazones, antes de que ordene que nuestras manos se dediquen a su servicio. Él da vida para que estemos capacitados para dar amor. Él crea en nosotros una naturaleza santificada para que pueda haber una conducta santificada. Dios nos presenta inmaculados en el Lugar Santísimo según la sangre de la aspersión para que, saliendo con una conciencia purificada de obras muertas, busquemos agradarle y glorificarle.

**Es la creación de esta naturaleza santa dentro de nosotros lo que debemos considerar a continuación...** Es algo enteramente nuevo: Una nueva creación, un corazón nuevo, un espíritu nuevo, un hombre nuevo, la conformación de nosotros a otra imagen, hasta alcanzar la del postrer Adán, el Hijo de Dios. Es la impartición de un principio santo, implantado en medio de la corrupción, como un hermoso rosal que crece de un estercolero. Es la progresión de la “buena obra” iniciada en nosotros en el momento de la regeneración (Fil. 1:6). Recibe muchos nombres, como “el hombre interior” (2 Co. 4:16) y “el [hombre] interno, el del corazón” (1 P. 3:4), no sólo porque reside en el alma, sino porque nuestros semejantes no pueden verlo. Se denomina “simiente” (1 Jn. 3:9) y “espíritu” (Jn. 3:6) porque es obrada en nosotros por el Espíritu de Dios.

Es mediante la recepción de este principio o naturaleza santa que el creyente es liberado del dominio del pecado y llevado a la libertad de la justicia, aunque no es hasta la muerte que es liberado de la plaga y presencia del pecado. En su justificación, los creyentes obtienen una santificación relativa o judicial que les proporciona una posición perfecta ante Dios, por la cual reciben prueba de su relación de pacto con Él, de que son su pueblo especial... Pero más aún, también son inherentemente santificados en sus personas por una obra de gracia del Espíritu dentro de sus almas. Son “renovados” en todo su ser porque, así como el veneno del pecado se difundió por todo el hombre, así también es la gracia... Sin embargo, señalemos que, aunque toda la persona del cristiano es renovada por el Espíritu y todas las facultades de su alma son renovadas, no hay ninguna operación de la gracia sobre su vieja naturaleza de modo que su maldad sea expulsada. La “carne” o principio del pecado que mora en él no es erradicada ni purificada ni hecha buena...

Pero ahora, debemos volver al aspecto más importante... de la naturaleza de este principio de santidad por el cual el Espíritu nos santifica inherentemente. Nuestra santificación experiencial consiste en que nuestros corazones son conformados a la Ley divina. Esto debería ser tan obvio que no se necesitaría ningún argumento laborioso para establecer el hecho. Así como todo pecado es una *transgresión* de la Ley (1 Jn. 3:4), toda santidad debe ser un *cumplimiento* de la Ley. El hombre natural no está sujeto a la Ley, ni tampoco puede estarlo (Ro. 8:7). ¿Por qué? Porque está desprovisto de ese principio por el cual puede proceder la obediencia aceptable a la Ley. El gran requisito de la Ley es el amor: Amor a Dios y amor al prójimo. Pero con respecto a los no regenerados, está escrito: “No tenéis amor de Dios en vosotros” (Jn. 5:42). Por eso, la promesa de Dios a sus elegidos es: “Circuncidará Jehová tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames a Jehová tu Dios con todo tu corazón” (Dt. 30:6) porque “el cumplimiento de la ley es el amor” (Ro. 13:10).

Ésta es la gran promesa del Pacto: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (He. 8:10) y, de nuevo, “pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos” (Ez. 36:27)... Cuando Cristo viene a su pueblo, lo encuentra enteramente desprovisto de santidad y de todo deseo de ella; pero no lo deja en esa terrible condición. No, Él envía el Espíritu Santo, les comunica un amor sincero por Dios y les imparte un principio o “naturaleza” que se deleita en sus caminos. “Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”

(Ro. 8:8). ¿Por qué? Porque cualquier obra para agradarle a Él debe proceder de un principio correcto (amor a Él), ser realizada por una regla correcta (su Ley o voluntad revelada) y tener un fin correcto en vista (su gloria); y esto sólo es posible por la santificación del Espíritu.

**La santidad experiencial es la conformidad del corazón y de la vida con la Ley divina.** La Ley de Dios es “santa, y justa, y buena” (Ro. 7:12) y, por lo tanto, requiere justicia o conformidad interna tanto como externa. Este requisito se cumple, plenamente, por la provisión maravillosa y llena de gracia que Dios ha hecho para su pueblo. Aquí, nuevamente, podemos contemplar la sorprendente y bendita cooperación entre la Trinidad eternal. El Padre como Rey y Juez de todos, dio la Ley. El Hijo como nuestro Fiador, cumplió la Ley. El Espíritu es dado para obrar en nosotros la conformidad con la Ley: Primero, impartiéndonos una naturaleza que la ama; segundo, instruyéndonos y dándonos un conocimiento de sus amplios requisitos; tercero, produciendo en nosotros esfuerzos para obedecer sus preceptos. No sólo se imputa a su pueblo la perfecta obediencia de Cristo, sino que también se le imparte una naturaleza que se deleita en la Ley. Pero debido a la oposición del pecado que mora en nosotros, la obediencia perfecta a la Ley no es posible en esta vida; sin embargo, por amor a Cristo, Dios acepta su obediencia sincera, pero imperfecta.

Debemos distinguir entre el Espíritu Santo y el principio de santidad que Él imparte en la regeneración: El Creador y la naturaleza que Él crea no deben confundirse. Es por su morada en el cristiano que Él sostiene, desarrolla, continúa y perfecciona, esta buena obra que Él ha comenzado en nosotros. Él toma posesión del alma para fortalecer y dirigir sus facultades. Es del principio de santidad que nos ha comunicado que proceden los frutos de la santidad —deseos, acciones y obras santificadas—. Sin embargo, ese nuevo principio o naturaleza no tiene fuerza propia: Sólo a medida que es renovado, fortalecido, controlado y dirigido diariamente por su Dador, actuamos “como corresponde a la santidad”. Su obra continua de santificación en nosotros procede en el doble proceso de la mortificación<sup>1</sup> (sometimiento) del viejo hombre y la vivificación<sup>2</sup> (nuevo nacimiento) del nuevo hombre.

**El fruto de la santificación del Espíritu en nosotros aparece, experiencialmente, en nuestra separación del mal y del mundo.** Pero a causa de la carne interior, nuestro andar no es perfecto. A menudo, hay poco que

---

<sup>1</sup> Ver Portavoz de la Gracia N° 29: *Mortificación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>2</sup> **Vivificación** – Ser hecho vivo en un sentido espiritual.

el sentido del ojo pueda distinguir en aquellos en quienes habita el Espíritu y los mundanos morales y respetables; sí, a menudo nos avergüenzan... Pero el corazón es lavado del prevaleciente amor al pecado por las lágrimas de arrepentimiento que el cristiano es movido a derramar con frecuencia. Cada nuevo acto de fe en la sangre purificadora de Cristo, lleva adelante la obra de la santificación experiencial a un mayor grado... Gracias a Dios, un día, Cristo se presentará a Sí mismo “una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante” (Ef. 5:27).

Tomado de Estudios en las Escrituras (*Studies in the Scriptures*), reimpreso por y disponible en CHAPEL LIBRARY.



Amado hermano o hermana en Cristo, ¡cómo desearía que pudieras aferrarte firmemente a esta bendita verdad para que pudieras disfrutarla plenamente en tu propia alma! No siempre es fácil darse cuenta de tu unión con Cristo: Ver cómo Él toma tu lugar y tú, el suyo; observar cómo Él es herido por tus iniquidades y cómo el castigo de tu paz es puesto sobre Él; y que, en consecuencia, tú tomas su lugar como aceptado y amado por el Padre, que eres levantado de entre los muertos y honrado, incluso, para compartir su gloria en los cielos más altos porque Él ha subido allí como el Representante de todo su pueblo, y tú también eres levantado junto con Él y hecho para sentarte con Él en los lugares celestiales... ¡Qué gloriosa verdad es ésta, que todos los creyentes están muertos, resucitados, vivos, exaltados y glorificados en Cristo Jesús! —*Charles Spurgeon*

# EL FUNDAMENTO DE TODA FELICIDAD

Thomas Boston (1676-1732)

**P**rocedo ahora a la aplicación de este tema. Les exprimiré el jugo de esta granada para usos de información, prueba y exhortación.

**USO: DE LA INFORMACIÓN.** Nos informa,...

**1. Con respecto a los santos en general, que son altamente dignificados más allá de todo el resto del mundo.** Todos son miembros de Cristo, de la sangre real del cielo, incluso aquellos de ellos con los que algunos desdenarían codearse (Ef. 5:30). Así pues, tenemos estas lecciones:

(1) *Ay de los que maltratan, oprimen o persiguen a alguno de los santos.* Porque lo que hacen contra ellos, lo hacen contra *Cristo*, como si lo hicieran contra los miembros del cuerpo de Cristo (Hch. 9:4). Y Él se resentirá y defenderá la causa de ellos como la suya propia, con precisión y exactitud, para hacer a los hombres responsables por las omisiones del deber para con ellos [y] mucho más por las comisiones del mal contra ellos (Mt. 25:42-45). Los santos tienen buenas razones para dejar de lado todo pensamiento de venganza, pues su Redentor es poderoso.

(2) *Las mejores obras son las que se hacen a los piadosos por causa de Cristo.* Porque así como se hacen a ellos, se hacen a *Cristo*, puesto que son uno con Él. Nuestro Señor lo tomará así y lo recompensará con mucha gracia (Mt. 25:35-40). Por eso, el Apóstol exhorta: “Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe” (Gá. 6:10). ¿Tienen ustedes algo de amor por Cristo? El amor es comunicativo<sup>1</sup>: Ustedes no pueden llegar a la Cabeza, pero a los miembros los tienen siempre con ustedes. No digan pues, que les falta ocasión para dar testimonio de vuestro amor a Él. Es la mejor semilla que pueden sembrar y dará la cosecha más abundante.

(3) *Los creyentes somos miembros los unos de los otros* (Ef. 4:25). Hay una verdadera y real hermandad<sup>2</sup> entre todos los piadosos, como la hay entre los brazos y las piernas de un cuerpo o entre una pierna y otra. En efecto, puesto que todos están unidos a Cristo, se deduce necesariamente que todos están unidos entre sí (1 Co. 12:12). Por eso, se les llama “un solo pan”, teniendo entre sí una unión y comunión, sellada por la [ordenanza de la Cena del Señor]. ¡Oh! Si se creyera esta gran verdad,

---

<sup>1</sup> **Comunicativo** – Inclinado o dispuesto a comunicar o hacer regalos.

<sup>2</sup> **Hermandad** – Relación; parentesco.

liqué amor, qué simpatía, qué cuidado por el bienestar temporal y espiritual de los demás habría entre los piadosos! No habría entre ellos tal desinterés, distanciamiento de afectos o una despreocupación como la de Caín por los demás.

(4) *Es un oficio ingrato romper y dividir la Iglesia de Cristo, rasgar la túnica sin costuras de Cristo.* Muchos no dudan en... abandonar la comunión con aquellos que, sus conciencias deben reconocerlo, aún permanecen unidos a Cristo. Dicen [que] no pueden tener comunión con ellos sin pecado. Concedo que si una pierna se hunde en el lodazal y se contamina, la otra no debe seguirla; ni [debe] un santo comulgar con otro en pecado. Pero ay<sup>3</sup>, ningún hombre en su sano juicio cortaría una de las piernas en ese caso. Mas el Cuerpo de Cristo no se trata con tanta ternura, aunque le debemos más ternura que a nuestros cuerpos naturales. No, pero aunque los hombres aborrezcan la comunión con los tales tanto como quieran, [deben] tener la más estrecha e íntima comunión con ellos o *no* tendrán *ninguna* con Cristo [porque] ino hay dos Cristos para encabezar los cuerpos separados! Si ambos están unidos a un solo Cristo, tienen la más íntima unión y comunión el uno con el otro.

**2. Nos informa acerca de algunos grandes e importantes principios de nuestra santa religión, claramente deducibles de este gran punto.**

(1) *Los santos perseverarán en la gracia y nunca podrán caer, total o definitivamente, de ella.* Porque existe una unión indisoluble entre Cristo y ellos. Esto asegura la vida del creyente: Nunca puede perderse (Col. 3:3). El Espíritu, vínculo de esta unión, nunca abandona su morada (Jn. 14:16; 4:14). Esto mantiene siempre en él una “simiente” para Dios (1 Jn. 3:9). Y Cristo no perderá ninguno de sus miembros (Jn. 17:12). Es verdad [que] si la firmeza de esta unión dependiera enteramente de la sujeción que el pecador tiene de Cristo por la fe, podría romperse; pero depende de la sujeción que *Cristo* tiene del pecador por su Espíritu, como la nodriza sostiene al bebé en sus brazos.

(2) *La fe en Cristo es el gran deber evangélico integral.* Muchos tienen pensamientos mezquinos de la fe en comparación con otros deberes. Pero la Escritura le da preferencia (Jn. 6:29; 1 Jn. 3:23). Cuando les pedimos [que] crean, les pedimos [que] obtengan todos los privilegios y cumplan todos los deberes porque creer es el camino para ambas cosas, en cuanto une el alma a Cristo, lo cual es el privilegio fundamental de los santos. Si creen, lo hacen *todo* en efecto, como quien se sujeta del

---

<sup>3</sup> **Pero ay** – Indicando un acuerdo temporal con una afirmación para refutarla: “Estoy de acuerdo con tu afirmación en apariencia, sin embargo...”.

primer eslabón de una cadena se sujeta de *todos los* eslabones. Si no creen, nada hacen porque sin fe están sin Cristo y separados de Cristo nada pueden hacer (Jn. 15:5; cf. He. 11:6).

(3) *Existe una base sólida y racional para la doctrina de nuestra justificación por la justicia imputada de Cristo.* Dejemos que los hombres profanos se burlen de ella como... [una] justicia imaginaria<sup>4</sup> y [una] justificación para dar paso a sus propias obras; y dejemos que los corruptores de la doctrina protestante establezcan la fe, el arrepentimiento y la nueva obediencia como nuestra justicia evangélica sobre la cual somos justificados como cumplimiento de la ley evangélica —nosotros no necesitamos otra justicia para la justificación que la de Cristo—. Porque el creyente está unido a Cristo por la fe. Teniendo esta unión con Él, tenemos una comunión con Él en su justicia que es nuestra, puesto que somos uno con Él. Y siendo nuestra, [ésta] debe sernos imputada o contada como nuestra sobre la base más sólida. Cristo es la Fianza del creyente por el propio acto voluntario de Él [y] el consentimiento del deudor por la fe... ¿Qué es entonces más racional que esta justicia sea imputada al creyente y él, por lo tanto, justificado?

(4) *La manera de obtener el verdadero arrepentimiento y la santificación es creer.* Porque éstos son los beneficios de la redención de Cristo (Hch. 5:31; Mt. 1:21) y éstos son aplicados por el Espíritu que obra la fe en nosotros y, así, nos une a Cristo en nuestro llamamiento eficaz. ¿Cómo puede uno pensar en arrepentirse verdaderamente o en ser santo si no está unido a Cristo (Jn. 15:5)? ¿O [cómo puede uno pensar] estar unido [a Él] sin fe? Es más fácil que el rocío que cae atraviere la roca que uno sea capaz de hacer cualquiera de estas cosas fuera de Cristo, a Quien el Padre ha constituido la Cabeza de las influencias y de Quien depende toda nuestra fecundidad.

(5) *Por último, los cuerpos de los creyentes tendrán una resurrección gloriosa (Ro. 8:11).* Hay una unión entre Cristo y los cuerpos de los creyentes que la muerte no rompe (1 Ts. 4:14). Por lo tanto, no yacerán siempre en el polvo; ni Cristo perderá ninguno de sus miembros...

**3. Esta doctrina nos informa acerca de la felicidad de los santos: Estar unidos a Cristo es el fundamento de toda felicidad y de los más ricos privilegios.**

(1) *Cristo es de ellos.* “Mi amado es mío”, dice la esposa (Cnt. 2:16). Ellos tienen un interés en su Persona. Él es su Señor, su Hermano ma-

---

<sup>4</sup> **Nota del editor** – En los días de Boston y en los nuestros, algunos teólogos y ministros niegan la justicia imputada de Cristo como una “ficción legal”.



yor, su Esposo, sí, su Cabeza. Lo que sea que Él es... pueden considerarlo como suyo para hacerlos felices. La plenitud de la Divinidad habita en Él y, por eso, Dios es el Dios y Padre de ellos (Jn. 20:17). Su misericordia es para ellos, para compadecerse de ellos, su poder para protegerlos, su ojo que todo lo ve para dirigirlos, etc. Así, tienen una fuente a la que acudir que nunca se seca, un tesoro que nunca se extingue, una mesa que nunca se agotará, etc.

(2) *Lo que Cristo tiene es de ellos y Él es el heredero de todas las cosas, así que todo es de ellos* (1 Co. 3:22-23). [Tienen todas las cosas aquellos que tienen] a Aquel a quien pertenecen todas las cosas. La unión implica una comunión entre Cristo y los creyentes. Su obediencia activa y pasiva es de ellos para su justificación, como si lo hubieran hecho ellos mismos. Su Espíritu, su Palabra y sus providencias son de ellos para su santificación. Su poder en el cielo es de ellos para su glorificación. En una palabra, su amplio pacto, con todas las preciosas promesas que contiene, es de ellos para hacerlos felices aquí y en el más allá (2 P. 1:4).

(3) *Están perfectamente a salvo de la ira de Dios*. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro. 8:1). Sus pecados siguen siendo muy desagradables a los ojos de Dios y merecen la misma condenación que los de los demás. Pero al estar en Cristo, están fuera del alcance de la maldición de la Ley... Están bajo el suave gobierno del Pacto de la Gracia, el cual amenaza con el enojo paternal y los castigos temporales en caso de transgresión, pero nada más (Sal. 89:30-33).

(4) *El Señor se complace y acepta sus personas, gracias y deberes, aunque estén acompañados de múltiples imperfecciones*. Sus personas son aceptadas, [aunque] los rodee un cuerpo de muerte (Ef. 1:6). Sus gracias, aunque tengan mucha escoria, son aceptadas porque en ellas está la imagen de Cristo (Cnt. 5:1). Sus deberes, aunque estén lejos de la perfección que exige la Ley, son aceptados (Cnt. 2:14)...

(5) *Todas sus [necesidades] descansan sobre Cristo* (Col. 2:10). Así como la unión les da una comunión con Él en lo que es de Él, así, Él tiene comunión con ellos en lo que es de ellos. Cristo responde por todas las deudas, pobreza y necesidades de ellos como el que se casa con la viuda endeudada. Así que ellos lo buscan y pueden acudir a Él para todo — para la sabiduría, la justicia, la santificación y la redención (1 Co. 1:30)—.

**USO:** Por esto pueden [examinar] si el Espíritu les ha aplicado la redención adquirida por Cristo. Si es así, entonces están unidos a Cristo. Si los hombres sólo se aplican esa redención a sí mismos, se

hallará presunción, no fe, y ninguna unión con Cristo... Pueden [examinar] si están unidos a Cristo o no por estas marcas. La marca general es [ésta]: *Si están separados de aquello a lo que antes estaban unidos y llevados a Cristo para siempre...* Pueden abordar esto en estas tres cosas:

**1. Han renunciado a la Ley como pacto de obras y se han entregado totalmente a la gracia de Cristo en el [Nuevo] Pacto.** Es decir, han muerto a la Ley y se han casado con Cristo (Ro. 7:4). Se han despojado de todas sus confianzas naturales delante del Señor —fundadas en cualquier cosa que no sea Cristo o en Cristo— y [han puesto] toda su confianza delante del Señor en Él, de modo que Él es todo su punto de confianza delante del trono (Fil. 3:8). Ésta es una evidencia segura (Fil. 3:3; Mt. 5:3)...

**2. Sus corazones están separados y desligados del pecado, y trabajando para tomar su descanso eterno en Cristo como el centro de sus deseos (Sal. 119:128; 73:25).** Los deseos de los hombres van, naturalmente, tras el mundo y sus concupiscencias; si tienen algún deseo tras Cristo, no es sino un deseo de Él unido con sus concupiscencias. Pero la gracia, vuelve el corazón contra éstos y enciende deseos de Cristo, en vez de concupiscencias (Mt. 13:45-46). Ésta es una evidencia segura (Mt. 5:6). Es cierto [que] mientras están aquí, los santos no están exentos de la acción del pecado (Sal. 65:3); pero en sí lo están en sus afectos (Ro. 7:24). En ese sentido, Cristo tiene la corona y los deseos [tienen] la cruz (Gá. 5:24)...

**3. Son llevados de ustedes mismos a Jesucristo (Mt. 16:24).** Para un hombre natural, su dulce *yo* es su todo. Pero la gracia saca al yo del trono y establece a Cristo en su lugar. Mientras el hombre está separado de Cristo, tiene intereses separados de Él; pero cuando es unido a Cristo, todos ellos son absorbidos por el interés por Cristo como los ríos cuando van al mar y ya no tienen sus cauces separados... Tal es la diferencia entre uno separado *de* y uno unido *a* Cristo.

Tomado de *De la unión con Cristo en Las obras completas de Thomas Boston (Of Union with Christ in The Complete Works of Thomas Boston)*, Vol. 1, reimpresso por Tentmaker Publications, [www.tentmaker.org.uk](http://www.tentmaker.org.uk).

---

**Thomas Boston (1676-1732):** Ministro y teólogo presbiteriano escocés; nacido en Duns, Berwickshire, Escocia.



# BAUTIZADOS EN JESUCRISTO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva”*  
(Romanos 6:3-4).

**E**L bautismo ilustra la muerte, sepultura y resurrección de Cristo, y nuestra participación en ellas. Su enseñanza es doble. Primero, piensa en nuestra unión representativa con Cristo, de modo que cuando Él murió y fue sepultado, fue en nuestro favor. Así fuimos sepultados con Él. Esto les dará la enseñanza del bautismo en cuanto establece un credo. En el bautismo, declaramos que creemos en la muerte de Jesús y deseamos participar de todo el mérito de ella.

Pero hay una segunda cuestión igualmente importante y es nuestra unión realizada con Cristo la cual, se establece en el bautismo, no tanto como una doctrina de nuestro credo, sino como una cuestión de nuestra *experiencia*. Hay una manera de morir o de ser sepultado, de resucitar y de vivir en Cristo que debe manifestarse en cada uno de nosotros si, realmente, somos miembros del Cuerpo de Cristo.

Quiero que piensen en nuestra unión representativa con Cristo, tal como se establece en el bautismo, como una verdad que debe ser creída. Nuestro Señor Jesús es el Sustituto<sup>1</sup> para su pueblo; cuando Él murió, fue en lugar y a favor de ellos. La gran doctrina de nuestra justificación<sup>2</sup> radica en esto: Cristo tomó nuestros pecados, se puso en nuestro lugar y, como nuestro Fiador, sufrió, sangró y murió, presentando en nuestro favor, un sacrificio por el pecado. Debemos considerarlo, no como una persona particular, sino como nuestro *Representante*. Somos sepultados con Él en el bautismo hasta la muerte para mostrar que lo aceptamos a Él como muerto y sepultado por nosotros.

**El bautismo como sepultura con Cristo significa, primero, la aceptación de la muerte y sepultura de Cristo como algo que es *para* nosotros.** Hagámoslo en este mismo momento con todo nuestro corazón. ¿Qué

---

<sup>1</sup> **Sustituto** – El que toma el lugar de otro. Ver *Nuestro sustituto sufriente* por C.H. Spurgeon. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

<sup>2</sup> Ver *El evangelio de la gracia de Dios*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

otra esperanza tenemos? Cuando nuestro divino Señor descendió de las alturas de la gloria y tomó sobre Sí nuestra humanidad, se hizo uno contigo y conmigo. “Y estando en la condición de hombre” (Fil. 2:8), agradó al Padre cargar sobre Él el pecado, incluso, el tuyo y el mío. ¿Aceptas esa verdad y estás de acuerdo en que el Señor Jesús es el portador de tu culpa y está por ti ante los ojos de Dios? “¡Amén, amén!”, dicen todos ustedes. Él subió al madero, cargado con toda esta culpa; y allí, sufrió en nuestro lugar y representación, como nosotros deberíamos haber sufrido. Le agradó al Padre, en lugar de herirnos a nosotros, herirlo a Él. Lo sometió a dolor, haciendo de su alma una ofrenda por el pecado. ¿Acaso no aceptamos con gusto a Jesús como nuestro Sustituto? Oh amados, ya sea que hayan sido bautizados en agua o no, les hago esta pregunta: “¿Aceptas al Señor Jesús como tu Fiador y Sustituto?”. Porque si no lo haces, cargarás con tu propia culpa, llevarás tu propio dolor y estarás en tu propio lugar bajo la mirada de la airada justicia de Dios...

Ahora, al ser sepultados con Cristo en el bautismo, sellamos el hecho de que la muerte de Cristo fue en nuestro favor y que estuvimos en Él y morimos en Él. En señal de nuestra creencia, aceptamos ir a la tumba de agua y nos sometemos a ser sepultados según su mandato. Ésta es una cuestión de fe fundamental: Cristo muerto y sepultado por nosotros —en otras palabras, *sustitución, garantía, sacrificio vicario*<sup>3</sup>—. Su muerte es el eje de nuestra confianza: No somos bautizados en su ejemplo o en su vida, sino en su *muerte*. Por tanto, confesamos que toda nuestra salvación descansa en la muerte de Jesús, muerte que aceptamos como producida por nuestra culpa.

**Pero esto no es todo: Porque si he de ser sepultado, no debe ser tanto porque acepto la muerte sustitutiva de otro por mí como porque yo mismo estoy muerto.** El bautismo es un reconocimiento de nuestra propia muerte en Cristo. ¿Por qué debe ser sepultado un hombre vivo? ¿Por qué debería ser enterrado porque otro murió en su lugar? Mi sepultura con Cristo significa, no sólo que Él murió por mí, sino también que yo morí *en Él*, de modo que mi muerte con Él necesita una sepultura con Él. Jesús murió por nosotros porque Él es uno con nosotros. El Señor Jesucristo no tomó los pecados de su pueblo por una elección arbitraria de Dios<sup>4</sup>; sino que era lo más natural, adecuado y apropiado que Él tomara los pecados de su pueblo, puesto que ellos son su pueblo y Él es

---

<sup>3</sup> **Vicario** – Sufrido por una persona en lugar de otra.

<sup>4</sup> **Arbitrario** – Basado en el capricho; motivado únicamente en deseos o sentimientos personales más que en razones o principios.

su cabeza federal. Correspondía<sup>5</sup> a Cristo sufrir por esta razón: Él era el representante del pacto de su pueblo. Él es la Cabeza del cuerpo, la Iglesia; y si los miembros pecaron, correspondía que la Cabeza — aunque la Cabeza *no* había pecado— soportara las consecuencias de los actos del cuerpo. Así como hay una relación natural entre Adán y aquellos que están en Adán, también la hay entre el segundo Adán y aquellos que están en Él. Acepto lo que hizo el primer Adán como mi pecado. Algunos de ustedes pueden estar en desacuerdo con ello y con toda la dispensación del pacto, si les place. Pero como a Dios le ha placido establecerlo y yo siento el efecto de ello, no veo ninguna utilidad en que lo controverta<sup>6</sup>. Así como acepto el pecado del padre Adán y siento que pequé en él; así también, con intenso deleite, acepto el sacrificio expiatorio de mi segundo Adán y me regocijo de que en Él he muerto y resucitado. Viví, morí, guardé la Ley, satisface la justicia en mi Cabeza del pacto. Permíteme ser sepultado en el bautismo para que pueda mostrar a todos a mi alrededor que creo que fui uno con mi Señor en su muerte y sepultura por el pecado.

**Mira esto, oh hijo de Dios, y no tengas miedo de ello.** Estas son grandes verdades, pero son seguras y reconfortantes... Date cuenta del efecto santificador de esta verdad.

Supongamos que un hombre ha sido condenado a muerte por un gran crimen. Supongamos, además, que ha muerto realmente por ese crimen y, ahora, por alguna obra maravillosa de Dios, después de haber muerto, ha vuelto a vivir. Vuelve entre los hombres como vivo de entre los muertos. ¿Cuál debe ser el estado de su mente con respecto a su ofensa? ¿Volverá a cometer ese delito? ¿Un crimen por el que ha muerto? Yo digo enfáticamente: “¡Dios no lo quiera!”. Más bien, debería decir: “He probado la amargura de este pecado y, milagrosamente, he sido levantado de la muerte que me trajo y me ha hecho vivir de nuevo: Ahora *odiaré* lo que me mató y lo aborreceré con toda mi alma”. El que ha recibido la paga del pecado, debe aprender a evitarlo en el futuro.

Pero tú respondes: “¡Nunca morimos así! Nunca se nos hizo sufrir la debida recompensa por nuestros pecados”. Concedido. Pero lo que Cristo hizo por ustedes es lo mismo. El Señor lo considera lo mismo. Eres tan uno con Jesús que debes considerar su muerte como *tu* muerte, sus sufrimientos como el castigo de *tu* paz. Has muerto en la muerte de Jesús y ahora, por una gracia extraña y misteriosa, eres sacado de nuevo

---

<sup>5</sup> **Correspondía** – Era necesario para.

<sup>6</sup> **Controvertir** – Argumentar en contra.

del pozo de la corrupción a una vida nueva. ¿Puedes o quieres volver a pecar? Has visto lo que Dios piensa del pecado: percibes que lo aborrece por completo; pues cuando fue cargado sobre su amado Hijo, no lo perdonó, sino que lo afligió y lo hirió hasta la muerte. ¿Puedes, después de eso, volver a la cosa maldita que Dios aborrece? Seguramente, el efecto de la gran aflicción del Salvador sobre tu espíritu debe ser santificador. ¿Cómo viviremos más en el pecado los que estamos muertos a él? ¿Cómo toleraremos su poder los que hemos pasado bajo su maldición y soportado su terrible castigo? ¿Volveremos a este mal asesino, villano, virulento<sup>7</sup>, abominable? *No puede ser*. La gracia lo prohíbe.

**Esta doctrina no es la conclusión de todo el asunto.** El texto nos describe como *sepultados con miras a resucitar*. “Porque, somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”, ¿con qué fin? “A fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Ro. 6:4). ¡Ser sepultados en Cristo! ¿Para qué? ¿Para estar muerto para siempre? No, sino para que, estando ya donde Cristo *está*, vayas donde Cristo *va*. Helo aquí, entonces: Él *entra*, primero, en el sepulcro y luego, *sale* del sepulcro porque al tercer día resucitó. Si eres uno con Cristo en todo, debes ser uno con Él en toda circunstancia. ¡Debes ser uno con Él en su muerte, uno con Él en su sepultura y luego, llegarás a ser uno con Él en su resurrección!

¿Soy ahora un hombre muerto? No, bendito sea su nombre, está escrito: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn. 14:19). Es verdad que estoy muerto en un sentido: “Porque habéis muerto”; pero no muerto en otro: “Porque vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col. 3:3) y, ¿cómo está absolutamente muerto el que tiene una vida escondida? No. Puesto que soy uno con Cristo, soy lo que Cristo es: como Él es un Cristo vivo, yo soy un espíritu vivo. ¡Qué cosa tan gloriosa es haber resucitado de entre los muertos porque Cristo nos ha dado vida! Nuestra antigua vida legal nos ha sido arrebatada por la sentencia de la Ley y la Ley nos considera muertos; pero ahora hemos recibido una vida nueva, una vida fuera de la muerte, una resurrección—vida en Cristo Jesús—. La vida del cristiano es la vida de Cristo. La nuestra no es la vida de la primera creación, sino la de la nueva creación de entre los muertos. ¡Ahora vivimos en novedad de vida, vivificados para santidad, justicia y gozo por el Espíritu de Dios! La vida de la carne es un estorbo para nosotros; nuestra energía está en su Espíritu.

---

<sup>7</sup> **Virulento** – Muy venenoso o maligno.

En el más elevado y mejor sentido, nuestra vida es espiritual y celestial. Esta doctrina debe sostenerse con la mayor firmeza.

Quiero que vean la fuerza de esto porque esta mañana estoy apuntando a resultados prácticos. Si Dios nos ha dado a ustedes y a mí una vida enteramente nueva en Cristo, ¿cómo puede esa nueva vida malgastarse a la manera de la vieja vida? ¿Vivirá el espiritual como el carnal? ¿Cómo pueden ustedes que fueron siervos del pecado, pero que han sido hechos libres por la sangre preciosa, volver a su antigua esclavitud? Cuando estaban en la vieja vida de Adán, vivían en el pecado y lo amaban; pero ahora, ustedes han sido muertos y sepultados, y han venido a una vida nueva. ¿Puede ser que puedas volver a los elementos miserables de los cuales el Señor te ha sacado? Si vives en pecado, serás falso a tu profesión, pues profesas estar vivo para Dios. Si caminan en la concupiscencia, pisotearán las benditas doctrinas de la Palabra de Dios porque éstas conducen a la santidad y a la pureza. Si después de todo, ustedes que fueron resucitados de su muerte espiritual, exhiben una conducta no mejor que la vida de los hombres ordinarios y poco superior a lo que solían ser sus vidas anteriores, harán que el cristianismo sea un refrán y un proverbio. Muchos de ustedes que han sido bautizados, han dicho al mundo: “Estamos muertos al mundo y hemos venido a una vida nueva”. Nuestros deseos carnales deben considerarse muertos de ahora en adelante, pues ahora vivimos según un nuevo orden de cosas. El Espíritu Santo ha forjado en nosotros una nueva naturaleza y aunque estamos en el mundo, no somos de él, sino hombres hechos nuevos, de nuevo “creados en Cristo Jesús”. Ésta es la doctrina que declaramos a toda la humanidad: Que Cristo murió y resucitó, y que su pueblo murió y resucitó *en Él*. De esta doctrina surge la muerte para el pecado y la vida para Dios, y deseamos con cada acción y cada movimiento de nuestra vida, enseñarla a todos los que nos ven...

Pobre pecador, tú no sabes nada acerca de esta muerte y sepultura, y nunca lo sabrás hasta que tengas la potestad de llegar a ser hijo de Dios, y esto lo da Él a todos los que creen en su Nombre. Cree en su Nombre y será todo tuyo. Amén y amén.

Tomado de *El bautismo: Una sepultura*, disponible en español en CHAPEL LIBRARY.

---

**Charles H. Spurgeon (1834-1892):** Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra.

